

Año XXXII.

Madrid, Jueves 13 de Junio de 1912.

Núm. 24.

Siempre el mismo

Hay quien supone que yo, al pedir ahora que se reunieran los jefes republicanos, he tratado de ir contra esto ó aquello, ó favorecer á éste y perjudicar á aquél.

Confieso modestamente que no he pensado en tal cosa, sino en repetir la cantata de toda mi vida: «unámonos y organicémonos para la lucha».

Pudiera reproducir centenares de artículos para demostrarlo, desde el primero que escribí en *El Motín*; pero no se asusten mis lectores, que no lo haré... ¡Valiente latí!

Mas no resisto á la tentación de copiar dos, publicados á raíz de la caída de Maura: el primero el 28 de Octubre, y el segundo el 4 de Noviembre de 1909.

Que son los siguientes:

A los republicanos

Se nos impone forzosamente variar de conducta. Menos vivas á las personas, menos anuncios de venida de la República para el mes próximo, menos amenazas sin tener el palo en la mano, y en cambio, más intención política y más seriedad.

Que nosotros solos no servimos para traer la República, lo prueba el que no la hemos traído después de tantos años de discursos incandescentes, artículos incendiarios, mítins demoleedores y triunfos electorales, y eso que á raíz de cada uno hemos extendido la papeleta de defunción á la monarquía.

Y al decir esto, no es que yo crea que van á venirse con nosotros las clases conservadoras ni las llamadas neutras, no; aunque los radicalismos no asusten ya á nadie en España, esas clases sólo aceptarían la República cuando no pudieran pasar por otro punto.

Pero sí creo que saldrían de su apartamiento muchos hombres que, sintiéndose republicanos, no han intervenido en nuestras luchas porque no les hemos ofrecido la seguridad de una orientación fija con un organismo que garantice la persistencia en una marcha uniforme. Y esos hombres son muchos, muchos...

Organicémonos, pues, en cualquier forma, siempre que sea sobre bases sólidas, y que el desinterés y la abnegación de cada uno facilite la obra de todos. Y después, á trabajar á la luz del día, y en la sombra también. Así infundiremos esperanzas, y ganaremos voluntades; y teniendo esto, lo demás nos será dado por añadidura.

Voluntades que no ganaremos y esperanzas que no despertaremos, mientras no salgamos del «Viva Falanól... ¡La República está en puerta!... ¡Nosotros somos los mejores...!» etc., etc., y en tanto no nos curemos un poquito de la manía de echar bravatas y escupir por el colmillo en cuanto sacamos triunfante un concejal.

Y si esto fué siempre extemporáneo, pudiera de hoy en adelante prestarse al ridículo ó al desprecio, después de haber derrochado tesoros de medida y prudencia en todas partes durante los sucesos de Barcelona y en los días que en París y otras poblaciones del extranjero corría la sangre de los que protestaban contra el clericalismo español. Y mereceríamos, si nos la echásemos ahora de bravucones y terribles, que se nos comparara á esos gozquecillos que se resguardan medrosos en sus casas al divisar un mastín y que salen á ladrarle cuando se ajea.

Agitación seria y constante, tacto de oídos sin empujarse, abnegación, desinterés, y un organismo que dirija, y ganaremos simpatías, dentro y fuera de España, y estaremos en condiciones de aprovechar cualquier circunstancia favorable á la realización de nuestros deseos; lo que nos sería imposible si guiendo como hasta aquí.

¡ARRIBA LOS CORAZONES!

Republicanos:

Incorporemos el cuerpo, que está encorvado, y el espíritu, que está abatido, y tengamos conciencia plena de lo que somos, valemos y representamos. No para gritar constantemente, bullir ardislescamente, exaltar personalidades y lanzar ridículas bravatas, sino para poner toda la voluntad y todo el esfuerzo en la obra de la organización republicana. Sin llegar á ésta, será inútil cuanto hagamos ó intentemos. Y este, este es el momento de organizarnos. ¿Qué necesitamos para lograrlo? Que cada republicano que cuente con alguna fuerza la ponga al servicio de todos, no al de su ambición, su vanidad ó su conveniencia. La lección tremenda que acabamos de darnos los sucesos de Barcelona, nos ha dejado esta enseñanza, disgregados, nada podemos; unidos: podemos atrevernos á todo.

Y digo que este es el momento, porque después de la cobardía... (lira es la palabra, mas no hay otra que exprese mejor la idea) de que hemos dado muestra todos, todos, desde Julio acá, permaneciendo silenciosos, inactivos, y bailando al son que nos tocaba La Cierva, se acabaron ya las leyendas de si éste vale más que aquél, y una agrupación menos que la otra... ¡No, no!... De los republicanos de relieve y renom-

bre, todos hemos estado á igual altura en prudencia... Ninguno superior en energía. El rasero de la igualdad en el apocamiento ha pasado sobre todos, y ya ninguno tenemos derecho á decirle á los demás: ¡Yo, soy yo! Desaparecieron de entre nosotros las categorías de valor y sacrificios, las especialidades revolucionarias... Y añadiré: los que más hemos alardeado de esa «especialidad», somos los que peor hemos quedado. Yo el primero. Lo confieso arrepen-tido.

No, no tratemos de engañarnos. En punto á revolucionarismo, todos los republicanos que figuramos hoy un poco podemos llamarnos de tú. Han muerto los que tenían derecho á que se les estampara en su Hoja de Hechos lo de valor probado y quedamos únicamente los de valor: se le supone. Podrá haber entre nosotros semilla de héroes, pero sin haber brotado, ni menos echado flores, ni menos producido frutos. ¡Abajo pues, desde hoy, la leyenda de los hombres de acción, hasta que los hechos se la concedan á algunos, ó á mu-chos!

Y siendo así, ninguno tenemos derecho en adelante á creernos por cima de otros en la escala revolucionaria, sin exponernos á que se nos responda con una carcajada de burla ó una frase de desprecio que nos ejecute mortalmente.

Haber permanecido todos callados, ó haber hablado tarde, mientras en el mundo entero se gritaba contra el gobierno español; haber permanecido sumisos, mientras los extranjeros protestaban; vertido á última hora palabras, mientras ellos vertían sangre; todo esto nos imposibilita para bravuconear ahora, y nos impone imperiosamente el deber de organizarnos de manera que no sea posible jamás la repetición de estas vergüenzas. Sólo así podremos acaso lograr que se nos perdone nuestra cobardía.

Y hablo de este modo, para ver si consigo llevar á mis correligionarios al convencimiento de que ya no hay pretexto, ni sombra de pretexto, para estar desunidos, y que la división de revolucionarios y no revolucionarios, de radicales y conservadores es completamente arbitraria. Los radicales hemos permanecido durante los sucesos de Barcelona hechos unos perfectos conservadores, y los conservadores han aparecido á última hora completamente radicales.

Si después de pasada la tormenta los conservadores callan, resultarán tan ridículos y despreciables como nosotros los radicales si chillamos. Y aun si se me apurara, diría que los conservadores que se han sentido revolucionarios ante el peligro, han quedado mejor que los revolucionarios que ante el peligro nos sentimos conservadores.

Pero no establezcamos comparaciones cuando tratamos de unirnos, y con-vengamos en que todos hemos faltado

á nuestro deber, y por esto estamos hoy en perfectas condiciones para entendernos y hacer nuestras huestes, como hace todo ejército después de sufrir una derrota.

Y estando ya todos al mismo nivel revolucionario, mejor dicho de incapacidad revolucionaria, confiémoslo honradamente; y partiendo de la base de nuestra individual impotencia, y de la impotencia de cada grupo ó fracción aislada, sacrifiquemos cada uno lo que debamos sacrificar para que el republicanismo, sin distinción de castas, se dé cuanto antes una organización sólida y poderosa que inspire confianza á los republicanos y ahuyente pesimismo en los que no lo son.

¿Que para esto hay que olvidar agravios? Se olvidan. ¿Perdonar torpezas? Se perdonan. ¿Contradecir afirmaciones? Se contradicen. ¿Hemos podido los unos aliarnos con los carlistas, asesinos de nuestros padres, y no vamos á poder reunirnos nuevamente á nuestros hermanos? ¿Hemos podido los otros contemplar con los brazos cruzados y las lenguas mudas la quema de conventos en Barcelona, y vamos á seguir condenando implacablemente á los que una vez faltaron á sus anteceden-
tes?

¿Que no podemos fundirnos todos en el mismo molde, porque dentro de la República deben existir dos tendencias, la radical y la conservadora? Nadie niega eso; pero no tratamos ahora del *mañana*, sino del *hoy* que ha de traer ese mañana, y en ese hoy no caben, ni debe haber otro propósito, otra aspiración, otro credo, ni otra denominación, que la de *hacedores de la República*. Lo demás ya vendrá en su tiempo y sazón.

Calma, serenidad, y grandeza de alma para olvidar y perdonar, ya que todos necesitamos de perdón y olvido; pocas manifestaciones externas de entusiasmo efímero, y muchas voluntades al servicio de una labor fructífera; menos palabras en la boca y más arranques en el corazón; en suma, lo contrario que hasta aquí.

Y haciendo esto durante el tiempo necesario para que nuestros compatriotas se convengan de que hemos emprendido con seriedad y energía el camino que conduce á la revolución de que tan necesitada está España, no ya sólo para redimirse moralmente, sino para dignificarse políticamente y normalizarse económicamente, tengamos por seguro que se pondrán resueltamente á nuestro lado; aquí no asustan ya á nadie los radicalismos; lo que asusta al mayor número, es ver que están representados esos radicalismos por hombres que ni ante el enemigo se unen, ni se conciertan, ni se hermanan...

A organizarnos, pues. De no aprovechar esta ocasión, perdamos la esperanza de contribuir á la salvación de España, y saboreemos de antemano la humillación y la vergüenza de verla repartida entre dos ó tres naciones; que á esto se llegará, y acaso en plazo breve. Y lo tendremos bien merecido. Pues cuando un pueblo ve sin sonrojarse que otros pueblos derraman su sangre y protestan airados contra los gobiernos que le aherrojan, explotan y envilecen, mientras él apenas se atreve á lanzar ridículas quejas, ese pueblo degradado

no se pertenece ya; pertenece á los que lo han conquistado moralmente.

Y si los hombres que adquirimos renombre y autoridad por presentarnos como salvadores de ese pueblo, nos negásemos en esta hora suprema á entendernos y concertarnos lealmente para salvarlos, quedaríamos por bajo de los mismos que lo tiranizaron. Y quedaríamos por bajo, porque á la infamia de envilecerle que cometieron ellos uniríamos la villanía de haberle engañado.

Yo no dudo que nos redimirémos por virtud de la organización. ¡Oh! No. Si lo dudara, rompería esta pluma que constituye todo mi patrimonio intelectual y material, y me retiraría á un rincón á llorar en la miseria la equivocación de una vida consagrada á combatir lo que creía al compás de mis atakes; el clericalismo; á impulsar lo que bullía sin moverse: el republicanismo; á luchar contra lo que enervaba ó paralizaba fuerzas redentoras: la farsa, la mentira y el interés personal. Afortunadamente para mí en el ideal, ese pesimismo que á ratos me invade dura muy poco, y vuelvo á la lucha con más ardimiento y más esperanza.

Republicanos:

A organizarnos, para evitar que un día puedan arrojar sobre nuestras frentes ese estigma.

Y alcance más mañana el que más sacrifique hoy.

Supongo que nadie creerá, después de leer esos dos artículos, que yo he pretendido ahora ir contra nada ni contra nadie, si no repetir lo que tantas veces he dicho en mi vida política, para ver si por fin se realizaba lo que el pueblo republicano desea.

Pero si alguien persistiera en atribuirme intenciones y propósitos que no he tenido, me tiene sin cuidado.

La acogida que ha tenido mi iniciativa y los resultados que ha dado, (y los que dará), prueban que había necesidad de que alguien hiciera lo que yo he hecho, para que acabase de una vez la comedia revolucionaria que los de arriba venían representando.

Sospecho que he prestado algunos servicios al partido; pero declaro que ninguno me ha dejado tan satisfecho como este.

Había que gritar muy alto á esos señores: «ó herrar ó quitar el banco.»

Nadie lo hacía si no á media voz, y yo lo he hecho á pleno pulmón. Esto es todo.

Y ahora, prosigamos.

Respuesta

España Libre publica en su número del viernes un artículo titulado:

Pleito republicano

Lerroux, Nakens y la Conjunción.

La verdad por delante.

En el combate á Lerroux por algo de lo que dijo en el mitin del teatro de la Gran Vía, en lo que no tengo para qué

entrometerme, y me dedica después estos párrafos:

«El señor Lerroux ha esperado una coyuntura, y ésta se la ofreció el señor Nakens, sin ponerse de acuerdo con él, y lo que es peor, en un momento de verdadera inoportunidad.

Este señor Nakens, tan venerable, tan talentoso, tan bien acreditado en las masas republicanas, se pasa toda la vida haciendo y deshaciendo uniones.

Si sabía él que existe esa Conjunción (por qué con su influencia, con su autoridad ó con su prestigio no redujo al señor Lerroux y lo llevó á casa del señor Galdós, y allí (en el silencio, como se hacen todas las obras buenas), después de citar por una carta de inole particular á Pablo Iglesias y Azcárate, no intentó el reingreso del caudillo de los radicales en esa federación?

Porque del reingreso del señor Lerroux se trataba únicamente. Y eso se pudo hacer, como en otra ocasión memorable consiguió el señor Galdós que se dieran un abrazo de paz Rodrigo Soriano y Alejandro Lerroux.

Para eso no tuvo que acudir el señor Galdós á los periódicos, ni presentarse ante la opinión en olímpico gesto de conciliador.

El paso dado por el señor Nakens, y siento decirlo, porque tiene todos mis respetos, en otro hombre que no fuera él hubiera sido una ridícula ostentación, de las que pudiéramos llamar im-
perdonables.

La unión entre todos los republicanos (para los efectos revolucionarios, que es para lo único que puede hacerse, aquí y en todo el mundo), ya está hecha. Hay un sólo rebelde; el señor Lerroux. El, que lo sabe, y que siente deseos de velver, debe estudiar un medio, que no sea el que le proponía el señor Nakens.

Y ahora, para terminar:

La Conjunción ha dicho al rafs que se halla dispuesta á hacer la revolución. Esa revolución no se improvisa, hay que prepararla.

El pueblo, hasta hoy, tiene puestos los ojos en esos hombres que se han comprometido, y de los que todavía no es posible dudar.

Azcárate, Pablo Iglesias, Melquiades Alvarez Rodrigo Soriano y el mismo Sol y Ortega, no dan paz á su vida, predicando por todos los lugares las excelencias de la República.

Están haciendo opinión, que no es poco. Luego vendrá la organización de la batalla. Y, por fin, se aguardará el acontecimiento político, que servirá de pretexto á esa Revolución que todos ansiamos y esperamos.

Si retrocedieran, si en vez de atender á la causa de la República atendieran á su propio egoísmo y á su propia cobardía, no faltarán hombres generosos que sepan vengar el agravio tan duramente como ellos merecen.

Que en el pueblo no está tan perdido el concepto de la dignidad, como en algunos hombres de los que intentan dirigirla.

Después de dar las gracias á Antonio de la Villa, que firma el artículo, por la consideración con que me trata, voy á indicarle muy sucintamente las razones en que me fundé para invitar á

los jefes á reunirse en la casa de Pérez Galdós.

En primer lugar, complacer al Pueblo, que desea y pide la Unión de todos.

En segundo, dar una salida honrosa á los hombres de la Conjunción y del partido radical, comprometidos á hacer lo que no debían intentar en condiciones desfavorables.

En tercero, despertar en todo el republicanismo las esperanzas que ya sólo fingen tener aquellos que rodean á los jefes.

En cuarto, sacar de su retraimiento voluntario, para que tomen parte en la vida republicana, á los muchos hombres de valía que el asco, la indignación ó la tristeza tienen retraídos en sus casas.

En quinto, hacer pensar á los muchos españoles que no son republicanos, pero que ven en la monarquía la ruina de España, en si ha sonado la hora de ayudarnos.

En sexto, dar pretexto á que se orienten hacia nosotros las corrientes de patriotismo que no pueden manifestarse sino en el momento decisivo, al ver que habíamos formado ya un núcleo poderoso y compacto.

En séptimo, ofrecer todas estas voluntades y estas fuerzas en garantía á los que estuvieran en condiciones de proporcionarnos los recursos que no tenemos.

En todo esto pensé antes de decidirme á invitar á los jefes republicanos á casa de Pérez Galdós.

Y si mi pensamiento hubiera cuajado, he aquí lo que yo hubiese propuesto:

Cesar en absoluto de gritar sin tino y amenazar sin medida, lo mismo en las Cortes, que en la Prensa.

No celebrar ningún mitin sino para tomar aquellos acuerdos y resoluciones que conviniera hacer públicos.

Hacer propaganda por los distritos rurales, animando á los campesinos á salir de su apatía é indiferencia.

Suprimir, no sólo por decoro propio, sino por no insultar la miseria del Pueblo, los banquetes, las meriendas, los lunches, los vinos de honor...

Renunciar, por respeto á los correligionarios que están en las cárceles y en los presidios y los que se preparan á emigrar, á toda fiesta dispendiosa que pudiera prestarse á establecer contrastes dolorosos.

Hablar como hombres, en vez de declamar como cómicos, y decirnos más cosas al oído que á voces.

Hacer, en fin, vida política seria, intensa, austera, que nos devolviese las simpatías que hemos perdido, nos aportase el apoyo que necesitamos y nos apartara de la política pequeña, gárrula y cominera que hacemos.

En todo esto pensaba. Sólo esto pretendía. Quedo satisfecho por haberlo intentado, y no desespere de conseguirlo, por creer que el Pueblo impondrá al fin á los jefes lo que ellos no han querido hacer.

Y una vez explicadas las razones que tuve para invitar á los jefes á reunirse, va á permitirme el compañero Villa decirle, no en tono de polémica, que no pienso sostener con nadie sobre este punto, sino en el de charla amistosa:

Que no se me alcanza la razón que haya podido tener el Sr. Alvarez para formar un partido nuevo, estando todos, menos el radical, dentro de la Conjunción, y la Conjunción dispuesta á traernos la República, para lo cual dice que se basta.

Que sé que las revoluciones no se improvisan y que hay que prepararlas; pero también sé que la Conjunción se pactó precisamente para eso hace dos años y pico, y que todavía no ha llegado á la organización de la batalla, por que está haciendo ahora una opinión que hace muchísimos años está hecha.

Y que por esto no creí inoportuno convertirme en eco de los deseos del Pueblo, que sólo sabe de la Conjunción lo siguiente:

Que creció evitar la guerra, y que la guerra se hizo.

Que para unir los republicanos, no ha encontrado medio mejor que formar otro partido.

Que ha obrado en el Parlamento con tal torpeza, que ha dado lugar á que se crea que ha tendido un cable á Maura é influido desgraciadamente en la vergüenza de los suplicatorios.

Que ataca rudamente á Canalejas, confesando á la vez que no está preparada para evitar la vuelta de Maura, que ha ofrecido impedir.

Y que cuando se la ha llamado para unir á todos los republicanos, olvidando diferencias y acallando rencores ante el gran peligro para la libertad que se avecina, se ha negado á acudir.

Esto es lo único que sabe el Pueblo de la Conjunción.

Y que no le dice nada en favor suyo.

..

Respecto á lo de si yo me he pasado la vida haciendo y deshaciendo uniones, dispélsame Villa que no le conteste, por no exponerme á incurrir en el pecado de orgullo; qué hombre tan grande no sería yo, si fuera cierto que, sin partido, sin obligados y con un periódico semanal, había podido unir y desunir á un partido numeroso, en que abundan los eminentes y los eximios?

Tampoco le respondo á lo de que podía yo haber llevado en silencio á Lerroux á avistarse con Iglesias y Azcárate en casa de Galdós, porque no era de eso de lo que se trataba.

¿Que la unión revolucionaria está hecha? Abajo, sí; arriba, no.

¿Que Lerroux desea volver á la Conjunción, y que debe estudiar un medio que no sea el propuesto por mí? Por mí, que lo busque: no me llevé otra idea que la de que se unieran todos, sin que nadie pareciera sometido; sin que ninguno resultara humillado; sin que se tomara por calculado lo que debía ser espontáneo, sentido, grande...

Y habiendo respondido al compañero en la prensa con el cariño y el respeto que guardo siempre á todos, reanudo mis ataques á los jefes.

IRISMOS TRASNOCHADOS

Al finalizar su discurso en Eibar, y después de afirmar que la República sólo puede venir por la revolución, el Sr. Alvarez dijo:

«No deben olvidar que el acto de fuerza, cuando llegue á realizarse, no será un acto de carácter anárquico. Fijáos bien: no representará el imperio de la violencia, ni el desahogo de las ocultas venganzas, no. Si esto hiciera la revolución; si ella creyera que siguiendo el espíritu desbordado del pueblo podía atropellar, profanar y escarnecer la Iglesia, violar lo sagrado y disponer de la propiedad; si tal hiciera, la revolución se deshonraría y tras ella vendría un movimiento de reacción que haría sucumbir á la República.

No, no. Quien haga esto no es republicano; es de la hampa política. Eso no es democrata, es un bandido disfrazado de correligionario nuestro. La revolución ha de ser una revolución honrada; de tal manera, que si el pueblo, el pueblo armado quiere imitar la conducta de nuestros antepasados del 68, se pondrá á las puertas de los Bancos y de las industrias para evitar el despojo. El pueblo que mate, sí; pero que mate al asesino que deshonre nuestra obra.

La revolución ha de ser valerosa, tenaz, perseverante. En la revolución se derrama la sangre, se muere, se prodigan los sacrificios. Morirá quien deba morir, el que se empeñe en ser dique de la corriente popular, anteponiendo la tradición á los anhelos redentores del pueblo liberal. Morirá quien quiera que no prevalezca la voluntad del pueblo.

Fuera de esto, haya el mayor respeto, la mayor tolerancia para todos. Yo sueño con que este pueblo sabrá vencer, y, cuando venza, sabrá tender su mano generosa al enemigo y le dirá: «Ha triunfado nuestra voluntad; pero ahora trabajemos juntos por el engrandecimiento de la Patria, por la afirmación del Derecho, por la consolidación de la Libertad y la República.»

¡Las veces que habré oído todo eso, casi siempre en labios elocuentísimos! Y nada, las clases privilegiadas, por cuya vida y por cuyos intereses velamos tan cariñosamente, cada vez más clericales, cada vez más dinásticas, cada vez más expoliadoras.

No se concibe ingratitud mayor. ¿Qué más pueden exigir de nosotros? ¿Qué más podemos ofrecerles?

Una revolución sin violencia, que debe ser algo muy hermoso, y, sobre todo, muy nuevo, pues desde la primera, ocurrida allá en el cielo, se hicieron todas á cintarazos (dígalos Luzbel).

La Iglesia respetada, en justa reciprocidad al respeto que ella nos guarda.

Todo lo sagrado inviolable.

Respetado todo lo adquirido, sin meterse en disquisiciones de origen.

El pueblo armado y sin comer, guardando los honrados Bancos, y las industrias de mis vecinos de enfrente (los jesuitas) y las de mis vecinas de más abajo (el Asilo de la Santísima Trinidad).

El pueblo dedicado concienzudamente á la justiciara tarea de asesinar á los ladrones de aquel día, para no turbar la digestión de los ladrones de cuarenta años acá.

Y luego, cuando hayamos vencido, desparramarnos por esas calles de Dios á rogar á los frailes que nos permitan por favor abrazarlos; á los caciques que nos perdonen por haberlos ofendido llamándoles ladrones; á las Empresas privilegiadas que se dignen seguir enriqueciéndose; á los carlistas que no interrumpian la marcha ordenada de sus armamentos...

Merecerían todos los reaccionarios ser ahorcados, si nos exigieran que les concediéramos algo más, teniendo con todo eso los suficientes para ahorcarnos ellos.

Y harían perfectísimamente; que no mereceríamos otra cosa por imbéciles y por cobardes, sin conciencia de nuestra dignidad de hombres y sin idea de nuestro deber de patriotas, si hiciéramos una revolución para dejarlo todo poco más ó menos como no está.

Por lo tanto, todos esos lirismos trasnochados sólo sirven para que nuestros amigos desmayen y nuestros enemigos nos desprecien; para que el mundo crea que estamos aún más degradados de lo que parecemos; para que la monarquía continúe y España perezca.

Contradicción palpable

Para que se vea lo vacío y lo contradictorio de la elocuencia efectista, copio á continuación unos párrafos del discurso del Sr. Alvarez en Eibar:

«Algunos políticos tienen pesimismo, sienten desfallecimientos. Yo no tengo desfallecimientos de ningún linaje; yo tengo desconfianza en las veleidades de los hombres, las concupiscencias de los partidos políticos y las traiciones fementidas de los gobernantes. Todo eso no puede llevar jamás el desconsuelo al espíritu de ninguno que se llame luchador, porque por encima de estas miserias está lo que os decía mi correligionario y amigo el Sr. Echevarrieta lo que más vale en este país: está el pueblo generoso, siempre apasionado, romántico, turbulento á ratos, á ratos excesivamente resignado; pero un pueblo que sabrá sellar en todo momento, con el sacrificio, el amor que profesa á las ideas rectoras de libertad y de República.

¿Desentenderse de las aspiraciones populares? Prescindir de las aspiraciones populares para hacer labor democrática, es absurdo, porque equivale á caer en los vicios de la oligarquía y de la autocracia. Republicano que así procediera, republicano que no oscará sus aspiraciones en el pueblo, no sería republicano, no merecería llamarse republicano, porque su conducta equivaldría á una profanación escandalosa de la democracia.

La República tiene que inspirarse en el pueblo, tiene que recoger las inspiraciones del pueblo y tiene que trabajar, principalmente, por lo que constituye el bienestar y el engrandecimiento del pueblo mismo. Quien no proceda así será partidario de una República aristocrática, que ya ha desaparecido para siempre de la Historia, pero no será partidario de la República democrática, que constituye el ideal santo, por no decir el Evangelio de los pueblos modernos.

Todo eso es hermoso, grande y justo: el pueblo es tal cual el Sr. Alvarez lo pinta, y no puede prescindirse de él.

Mis adelante pintando lo que es este país, dice el señor Alvarez:

«Es un país que tiene exclusivamente las apariencias de una nación civilizada, pero que carece de todos aquellos elementos internos, de todas aquellas energías morales que afirman en la vida colectiva de una manera vigorosa su personalidad, y que contribuyen á su enaltecimiento, cuando menos, á su respeto.

Si, somos un pueblo de bambalina y de aspecto teatral, de una realidad miserable y desoladora. Nos falta cultura, que es la base de toda democracia bien organizada, sin la cual no se concibe ni el amor á las ideas, ni que se lleve el sacrificio al cumplimiento de los deberes cívicos. Tenemos debilitado el sentimiento de la justicia, la virtud más estimada de los pueblos libres, porque es la garantía contra las arbitrariedades del Poder público, arbitrariedades que constituyen la forma vergonzante de la tiranía moderna.

Somos una raza que por tradición, por rutina, permanece en el marasmo, tumados al sol con la pereza inherente á nuestra naturaleza y á nuestra conducta, sin comprender que en la vida económica moderna el trabajo es la fuente preponderante de la riqueza, el resorte fundamental del progreso.

Después de leer estos últimos párrafos, se queda uno como aquel á quien de pronto le echan por la cabeza un jarro de agua fría, y perplejo, desencantado, sin saber qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer.

¿Es este un país como el Sr. Alvarez lo pinta? Pues no puede existir un pueblo como el que en los anteriores pintó.

¿Se convencerán ustedes ahora de que no hay que tomar en serio lo que dicen los oradores efectistas, aun cuando lo digan tan elocuentemente como el señor Alvarez?

LO DE BARCELONA

Mitin suspendido

Al Sr. Alvarez, que fué á Barcelona á caza de prosélitos para el partido reformista, no le permitieron hablar en un mitin.

Mil hecho; en estos casos, lo mejor es no ir.

En el mitin exhibieron un cartel que decía: *viva Nakens!*

Mil hecho ta noién, sabiendo que yo

siempre condené esas manifestaciones inocentes ó ridículas. Y si lo hicieron por escudar su protesta con mi nombre, mucho peor. Yo no respondo ni quiero responder más que de lo que digo y lo que hago.

Y afirmado esto, añado:

Lamentable es lo ocurrido, pero perfectamente explicable. Es la consecuencia lógica de todo lo que viene ocurriendo en el partido desde hace muchos años.

¿A quién culpar? ¿A los que silbaron? No; á quienes por sus egoísmos han logrado que el republicano de cada fracción considere como enemigos á los de las demás; á los que van á buscar en las masas devotos para su capillita, no creyentes para formar la cruzada que ha de rescatar la Jerusalén que nos arrebataron.

Sobre esos, sobre esos principalmente debemos echar la responsabilidad de lo ocurrido.

La tolerancia

Los que no la tienen con los demás, ¿con qué derecho la piden?

Los que no con valentía y cara á cara, si no insidiosamente y por la espalda, asestan puñaladas traperas á otros republicanos, como el Sr. Alvarez ha hecho en Eibar escudándose tras la honradez, ¿cómo se propasan á quejarse luego, cuando las masas republicanas fallan á la cortesía?

Los que anticipan los calificativos de villanos y bandidos á los que suponen que pueden realizar ciertos actos el día que estemos en revolución, olvidándose de la generosidad con que procedieron en 1909 los revolucionarios de Barcelona, ¿merecen acaso que se les escuche, por no faltar á una tolerancia que ellos no guardan?

No apruebo que se le silbara; lo que debieron hacer todos es no ir al mitin. Los silbidos debe el Pueblo reservarlos, como ya indiqué, para los que le adulen diciéndole que en él está la fuerza y que él es el amo.

Mis tampoco apruebo que en estos instantes de desquiciamiento general, precursor de una reorganización completa en el partido, fuese á Barcelona el señor Alvarez á exponerse á que lo silbaran por ganar prosélitos.

El que siembra vientos recoge tempestades.

En serio y en broma

Sin modestia

¿Que yo tengo influencia en las masas republicanas?

Si, alguna. Y se comprende y se explica. Yo nunca las he movido en mi provecho. Ni les he ofrecido lo que no podía darle. Ni he aceptado lo que me han ofrecido. Ni las he embaucado señalando plazos á su esperanza. Ni he mendigado sus aplausos, ni solicita-

do sus votos. Ni les he exigido sacrificios que no hacía yo. Y, en cambio, he trabajado por ellas cuanto he podido, engañándome á veces, pero sin engañarlas nunca.

¿Cómo no he de tener sobre ellas alguna influencia, habiendo obrado de este modo, tan contrario al que con ellas han tenido los que sobre sus hombros se han alzado, y teniendo ellas la seguridad de que no he de desmentir en lo futuro la conducta que he observado hasta el presente?

Pero tanto como estoy orgulloso de la influencia que en las masas tengo, me recida y alcanzada de la manera que he dicho, estaría avergonzado si la debiera á las malas artes que generalmente han puesto en juego los que han alcanzado sobre ellas una influencia mayor que la mía.

El papirotazo

Aparte de que siempre fui reactario á la exhibición personal, tengo ahora una razón más para lamentar que en Barcelona exhibieran en el mitin del Sr. Alvarez un gran cartel con este letrero: ¡viva Nakens! Y es la de que lo que yo he hecho en la ocasión presente no tiene mérito ninguno.

Traté de ver si se unían los jefes republicanos, llevado de los propósitos que en otro lugar de este número señaalo; no se dignaron reunirse, y ha venido lo que era lógico que viniera, en una forma ó en otra; que todo en la vida tiene un término.

Lo único que hasta ahora parecía no tenerlo, la paciencia del Pueblo republicano, ha entrado por fin en la ley general, y por consiguiente no se ha necesitado más que darle un papirotazo parecido al que se refiere en el hecho que voy á relatar.

Ingresó hace años en el Hospital de San Juan de Dios un individuo con la nariz (convengamos en que era la nariz) hecha una lástima, y todo su afán, mientras el médico lo examinaba, era saber si se la cortaría.

A terminar y decir que no era necesario cortársela, el enfermo dió un grito de alegría; grito al que siguió otro de espanto al ver que el médico, dándole un papirotazo, añadió: «No, no hay necesidad; basta con esto», y la nariz (sigamos sosteniendo que era la nariz) se divorció para siempre del cuerpo á que había estado constantemente unida.

Esto es, en suma, lo único que yo he hecho; darle el papirotazo á la desorganización republicana.

Un recuerdo

Allá en los tiempos en que Rochefort hacía desde Bélgica aquella campaña tan grandiosamente terrible contra Napoleón III en su periódico *La Linterna*, publicó un decreto que decía, palabra más, palabra menos:

«Artículo único.—Ya no hay nada. Nadie está obligado á cumplir este decreto.»

Y al venirme esto á la memoria, he pensado que pudiera yo parodiarlo ahora en esta forma:

«Han muerto los jefes republicanos. El Pueblo está encargado de enterrarlos.»

Pero me detiene el natural temor de que se me juzgue tan cruel, que vaya á ensañarme con difuntos tan egregios.

Que si no...

Es posible que alguien me aplique lo de

«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud», al ver que, durante algún tiempo, seguirán moviéndose y charlando los jefes.

Pero no se fíen de las apariencias. La bailena que lleva el arpón clavado recorre á veces centenares de millas. Pero va muerta.

Y si no, al tiempo.

Noli me tangere

Al pensar en lo que ha ocurrido al tratar de que los jefes republicanos se unieran, ha surgido en mi memoria la palabra CÁNCER, he abierto un diccionario y me he encontrado con esta definición:

CÁNCER.—«Tumor maligno, duro, redondo y escabroso, de color negruzco, amoratado ó aplomado, en cuya circunferencia se ven las venas hinchadas, azuladas ú oscuros, que después de ulcerado despiden un olor insoportable»

Y he sospechado (porque como saberlo, no lo sé) si á cada enfermedad de la materia corresponderá una del espíritu, y si la de unión (en el republicanismo) será la congénere del *cancer* en patología.

Y me fundo en que ni el uno ni la otra pueden ser tocados sin acelerar el fin del enfermo. *Noli me tangere*.

Predicar con el ejemplo

Palabras del señor Alvarez en su ya citado discurso de Eibar:

«Correligionarios: urge trabajar, labor callada, silenciosa, oscura, modesta.»

Y al acabar de decir esto, que he repetido yo tantas veces, ¿va y qué hace?

Dirigirse *callado, silencioso*, amparándose de la *oscuridad* y derrochando *modestia*, á presidir con toda reserva un bar quete de *dos mil cubiertos*.

¿Es esto no respetarse á sí propio ó burlarse del partido?

Creo que ambas cosas.

MUY EN SERIO

El arqueo

Se ha hecho al fin, y cuanto todos creíamos que había en la Caja revolucionaria los valores que se nos decía, nos hemos encontrado con que está absolutamente limpia, y que los republicanos que depositaron en ella sus teso-

res de esperanzas se encuentran estafados.

No alborotarse, que no soy yo quien lo dice. Son ellos: los que tenían las llaves de la Caja; los que nos aseguraban que estaba llena: el jefe del radicalismo y el verbo de la Conjunción: Lerroux y Alvarez. El primero en el teatro de la Gran Vía, al confesar que el partido radical no puede solo hacer la revolución, porque para ello necesita contar con el ejército y con dinero, y con nada cuenta, y por esto él trata de conquistarlo. Y el segundo en Eibar, al enterarnos de que él tiene esperanzas, aunque no puede dar seguridades, de que realizaremos nuestra obra, y que nos preparemos todos para sacrificarnos, pues la revolución necesita sacrificios individuales y colectivos, y necesita armar al pueblo, y dinero, y táctica, y tacto de codos.

—¿De modo, que después de tanto crecer, y tanto amenazar, y tanto anunciar la próxima venida de la República, resulta que no tenemos un céntimo, ni un soldado, ni un fusil, y por no tener, ni siquiera tenemos formada la opinión?

¡Nos hemos lucido, vive Dios! ¡Valientemente se nos ha engañado!

¡Y tú pretendes los jefes, apelando ahora á una sinceridad que pudiera no ser sincera, seguir sosteniendo la desorganización actual!

¡Abajo todos como tales jefes! ¡Y cuanto antes! No vayan, por quedar algunos bier, á destrozar por completo al partido republicano.

El problema

Aquí, como he dicho en números anteriores, se presenta este problema.

La Conjunción se hizo para impedir la vuelta de Maura al poder, y Maura está en puerta. ¿Tiene la Conjunción medios de cumplir lo ofrecido? Alvarez acaba de confesar que no al enumerar todo lo que necesitamos para hacer la revolución. ¿Qué va á hacerse, pues? ¿Nada? Pues á morir los caballeros. Nos escupirá la opinión nacional. Y la extranjera. ¿Algo? Sería un crimen llevar el partido á una derrota cierta, por cumplir una amenaza lanzada imprevistamente.

¿Cómo solucionar el problema, sin quedar muy mal y sin comprometer al partido? Uniéndonos todos para reorganizarlo.

Y lo que digo á la Conjunción, lo amplío al partido radical, ó, mejor dicho, á Lerroux. ¿Qué plan político ni revolucionario es ese de sublevarse, solo ó acompañado, contra Maura, por sostener lo que antes dije? ¿En qué situación quedaría el partido republicano después de ser é derrotado? Y él mismo, ¿cómo quedaría? Si muriese menos mal; pasaría por un héroe mañana. ¿Pero, y si no moría y lograba ganar la frontera después de dejar tendidos en las calles ó sepultados en las cárceles á unos cuantos correligionarios?

¡Aunque no, no! ¡Yo no puedo ad-

mitir esta última hipótesis! ¿Sería un crimen tan imperdonable como el de la Conjunción!.....

Volvamos todos á la realidad, echemos tierra sobre el pasado, saquemos las enseñanzas terribles que se desprenden de la situación falsa y bochornosa en que nos vemos, unámonos, y reorganicemos el partido, procurando luego rescatar con abnegaciones y sacrificios individuales lo que hemos perdido ó comprometido con nuestras ligerezas y nuestros egoísmos.

¿Lo hacemos? Que España nos lo premie, ayudándonos en nuestra obra.

¿No lo hacemos? Que la generación que asoma á la vida sea tan generosa con nosotros, que no venga á escupir sobre nuestras tumbas, por haberle dejado en herencia, en vez de libertad, pan y cultura, clericalismo, miseria é ignorancia.

ULTIMA HORA

El no estar bien de salud todavía, me obligó á aplazar el cierre de este número hasta la mañana del martes. A esto se debe el que haya podido incluir en él, el siguiente telefonema, recibido á las dos de la mañana:

Barcelona Madrid 204 65 lo 23 15.—Nakens—El Motín

Los que al grito de «Viva Nakens» impedían ayer mitin Boque, son los mismos que en treinta de Noviembre, al leer su artículo en el mitin, gritaban «Miera Nakens».—Constantes admiradores nuestros de sus prestigios reiteramos nuestra adhesión y protestamos de que su nombre se haga servir de bandera para atropellar el ejercicio de las libertades públicas.—*Guerrilla Radical*.—Fernando Pintado.

Mi contestación es esta:

Ni me preocuparon aquellos *mueras*, ni me halagan estos *vivas*.

Apartado de las luchas de bandería, sigo mi camino sin ver ni oír á nadie, atento únicamente á las palpitaciones de la parte de opinión republicana que no aplaude por fanatismo ni silba por conveniencia.

Si en lo que digo me equivoco, la responsabilidad es exclusivamente mía; y si acierto, en mis éxitos lo apunto, sin engreirme en éste como por los aplausos, ni arredrarme en aquél por las censuras. Sé en ambos que mi intención ha sido recta y desinteresada, y me basta con eso.

Y la prueba de que esto es así, está en que ni siquiera inserto los centenares de cartas de felicitación que recibo, exponiéndome á que alguno de mis amigos se disguste; cartas que se multiplicarían, si las publicase. Como no laboro para mí, prescindo de todo aquello que pudiera contribuir á mi exaltación personal.

Y dicho esto, réstame solamente lamentar que todavía no se hayan enterado

todos de la situación verdadera del partido republicano, que es de impotencia y descrédito, y de que no se hayan convencido de que debemos variar de rumbo si queremos llegar á puerto de salvación.

Ni formando partidos nuevos se fortalece el republicanismo, ni se salva conservando los existentes. Unámonos todos para reorganizarnos bajo la base del desinterés y la abnegación personal, y rescataremos pronto lo que hemos perdido; ni la seguridad de que, si seguimos seis meses más como estamos, vendrán los conservadores y nos meterán á puntapiés en nuestra casa, porque creerán rebajarse enviándonos al destierro ó á presidio; á no ser que les dé la humorada de crear una sección especial de higiene para republicanos, y nos obliguen á proveernos de una cartilla que nos acredite oficialmente de imbéciles, de incapaces y de mujerzuelas.

JOSÉ NAKENS

Opinión valiosa

El País, hablando de lo ocurrido en Barcelona:

«¿De qué proviene, pues, el escándalo de Barcelona, esa manifestación de desagrado de un gran auditorio contra una de los más elocuentes y prestigiosos oradores del partido republicano?»

Ocasión se nos presenta de decirlo de una vez para siempre, llamando sobre esto la atención de los buenos correligionarios. Si á pesar de los merecimientos del Sr. Alvarez, de la corte sía hospitalaria de los barceloneses, de la cultura de aquellos ardientes y generosos republicanos, se ha producido ese escándalo, aribúyase no á la voluntad de los hombres, no á culpas de nuestros correligionarios, sino á defectos y flaquezas del régimen á que vivimos sometidos los republicanos.

Atribúyase al negro afán de conservar los partidos antiguos é impotentes, de crear partidos nuevos que, lejos de ser necesarios, son perjudiciales y perturbadores, á la intransigencia de los que dirigen esos grupos y grupitos, obstinados en vivir una vida artificial é inútil á vanidades de los de arriba, á docilidad excesiva de los de abajo, á una falta total de sentido político á que todos parece que nos hemos juramentado para sostener á la monarquía sobre la base de nuestras pequeñas é irreconciliables discordias.»

QUIEN AMA EL PELIGRO...

Ha sido puesto en libertad, en virtud del auto firmado por el juez de instrucción de la Coruña, D. Perfeito Infanzón Lanza, el profesor del *Colegio Católico*, Feliciano Castelo R. vero, acusado por el niño de nueve años Pepito Berea Bouzas de haberle hecho víctima de abominablemente sádicos atentados, perfectamente probados por los informes de varios médicos.

Y dice á propósito de esto *Tierra Gallega*:

«La inesperada resolución del juez, decretando la irresponsabilidad del acusado de un horrendo delito que ha indignado profunda y justamente á la opinión pública, fué apreciada por ésta, cuando logró sustraerse á la emoción inherente á lo inopinado y fuera de lo imaginable, como una zahiriente bofetada despectiva dada en pleno rostro á un pueblo que se manifiesta demandando justicia en un hecho que afecta de modo directo á la moral social.

La trasunta, y no otra, es la impresión que hemos recogido al sondear ayer á la verdadera opinión, que se colorea con rubores de vergüenza y de rabia, creyéndose despreciada y escarnecida en su afirmación del derecho de vindicta pública.»

Y después de decir esto, asegura el querido colega que proseguirá impertérrito en su labor de depuración de hechos, de análisis de circunstancias y de enjuiciamiento de los procedimientos que sobre los unos ó respecto á las otras sean aplicados; y que con serenidad de juicio y firmeza de voluntad espera conseguir la realización de sus decididos propósitos de que no pueda ampararse en la impunidad un delincuente, aunque á éste dé cobijo y preste su amparo y defensa una clase social, cuyos sentimientos de moralidad y de justicia convierten en un sarcasmo el dictado de «elevada» que ella á sí misma se aplica; y que persistirá, perfectamente penetrado de que su conducta es fiel intérprete de la voluntad del pueblo, á la cual, cuando se manifiesta, no hay poder alguno capaz de torcerla y mucho menos de anularla con escarnio y bafa.

Luego añade:

«Por nuestra parte no hemos de ocultar nuestra exasperación ante una determinación como la del Sr. Infanzón, encontrándose el sumario en la forma y estado de que vamos á dar cuenta.

Existen dos certificados médicos suscritos por los Sres. Almoyna y Berea, que sostienen la consumación del delito que se persigue.

Obra en autos el informe del médico forense Sr. García Ramos, que contribuye á robustecer la opinión sustentada por los médicos de Betanzos.

En los folios del sumario figuran los dictámenes de los facultativos D. Fernando Rubio y D. Florencio Domínguez que estiman como racional y científica la conclusión de un atropello consumado.

No se practicó todavía la diligencia judicial del careo entre el niño Pepito Berea y su profesor Feliciano Castelo.

Está en pie las rotundas y categóricas acusaciones del niño Pepito contra quien él señala como autor del bestial atentado.

Parece que existe algunas contradicciones en las declaraciones tomadas durante la diligencia llevada á cabo en el *Colegio Católico*.

Aun está por comprobar si las notas de comportamiento del chico concuerdan con las manifestaciones del profesor Sr. Aznar sobre el carácter y conducta de aquél.

Tanto el acusado como el resto de los testigos convienen en que Paquito no pudo ser impulsado a la denuncia que hizo por animosidad contra nadie, pues ninguno advirtió en el chico tal sentimiento hostil.

Se desconocen las declaraciones que puedan prestar al Sr. Miranda y sus dos hijos, que están citados judicialmente para comparecer hoy ante el Juzgado.

Sabe, por último, perfectamente el juez puesto que ha citado a nuestro director, que en las columnas de *Tierra Gallega* hemos manifestado que obraba en nuestro poder una carta en que se acusa al hasta ayer detenido, de ser autor de un atentado contra otro chico, de la misma índole aquél que el sufrió por el niño Pepito.

Pero en todos los extremos que quedan apuntados, no encuentra, por lo visto, el juez Sr. Infanzón motivos suficientes para elevar a prisión la detención del acusado Feliciano Castelo, apoyándose, tal vez, en un informe facultativo en el que el médico militar señor Araujo establece la tan anticientífica como donosa teoría de que ciertas y determinadas erosiones pueden ser producidas por espinas de pescado.

¡Ay, *Tierra Gallega*! Muchos disgustos te aguardan si das en tomar por lo trágico estas cosas.

Los clericales, con tal de sacarse la espina de la inmoraldad, que con tanta frecuencia se tragan, se la han colocado a ese niño en el sitio que les ha convenido para demostrar que hasta los besugos coadyuvan a patentizar su inocencia.

Aplaudo tu valiente y justiciera campaña, pero sentiría que gastases todas tus energías en ella. Reserva algunas para cuando ocurra otro hecho parecido, que no tardará, pues como habrás observado, constituyen los de esta clase el pan nuestro de cada día en la España de hoy.

Y, sobre todo, procura no resultar más papista que el Papa: si los padres saben lo que ocurrir suele en los colegios clericales, y envían a ellos sus hijos habiendo escuelas laicas, creo que nosotros debemos limitarnos a encoger nos de hombros y murmurar entre dientes cuando ocurran casos de estos:

«Quien bien tiene y mal escoje, por mal que le venga no se enoje.»

Cosas de Estévez

Dicen algunos amigos y correligionarios, y se les llena la boca: «¡Viva la unión republicana!»

Y la defienden con singular tesón, como si hubiera alguno que la combatiera.

Entre los republicanos, jamás hubo quien repudiara la Unión; todos la queremos; todos la estimamos conveniente y útil.

Lo que ocurre es que muy pocos la han buscado con desinterés.

Cada uno trata de «arrimar el ascua a su sardina».

Se plantea la cuestión de una mane-

ra deplorable, por algunos de muy mala fe, y, por consiguiente, se resuelve mal.

Por eso ha resultado que todas las uniones nos han desunido más de lo que estábamos, y es ya axiomática esta frase paradójica:

«La unión es lo que nos desune.»

Sucede con la unión republicana casi lo mismo que con el esperanto.

Con tantas y tan diversas lenguas—se decía—la sociedad humana es una torre de Babel: los hombres somos hermanos, pero no nos entendemos. Y se creó la lengua universal.

Con lo cual tenemos las mismas lenguas de antes y el esperanto por añadidura.

Con la nueva unión se han aumentado nuestros antiguos programas; ya tenemos uno más: el religioso.

Era lo que nos faltaba.

Yo sé de alguien que simpatizaba con la proyectada unión y ya no siente por ella ninguna simpatía; lo impide su tendencia clerical. ¡Parecía tan opuesta al republicanismo «solidario» que florece en Cataluña, y coincide con él en su clericalismo!

¿Cuándo acabarán de convencerse los republicanos de que en España no habrá República duradera, ni libertad, ni justicia, mientras el catolicismo no desaparezca?

Una cosa es ó no es.

En la verdad no hay gradaciones: lo que no es verdad, seguramente es mentira.

Los hombres de ideas extremas, ó aciertan ó se equivocan: os del «justo medio» no aciertan nunca.

Si un hombre dice que dos y dos son cuatro, y le replica otro que dos y dos son cinco, inmediatamente surge el transigente, discreto y oportunista del justo medio con la transacción: dos y dos son cuatro y medio.

No son revolucionarios los que piensan, antes de hacer una revolución, en encauzarla. Ya se encauzará ella misma. Vale más no hacerla que atajarla cuando empieza a recorrer su camino. Todo programa de revolución debe entenderse que es un programa inicial. Y, como dijo Orense, «toda revolución comienza donde la precedente se detuvo».

Es un tirano, y es además un imbécil quien intente ponerle barreras al huracán.

Pi y Margall lo dijo:

«No somos de los que entienden que cabe de antemano organizar las revoluciones. Hechos de suyo «normales», se desarrollan anormalmente y desconciertan los cálculos y las combinaciones al parecer más hábiles.»

Después de hablar el maestro, punto en boca.

NICOLÁS ESTÉVEZ

Emilio Ruiz del Arbol

Ha muerto en Segovia este querido amigo mío, en quien no supe nunca que admirar más: si su caballerosidad, su ilustración vastísima, su gran patriotismo, ó sus pensamientos bizarros, y que fué inteligente marino, distinguido literato, Diputado á Cortes, y desempeñó importantes y delicadas comisiones en Suecia y Noruega y en los Estados Unidos.

Preocupado por las consecuencias que acarrearía a España la voladura del Maine, se dedicó a estudiar las causas verdaderas de aquel catastrófico, que sirvió de pretexto a la guerra que nos arrebató las Colonias, reuniendo datos y antecedentes precisos para probar con toda claridad que los españoles habían sido completamente ajenos a ella. En esta labor patriótica le ha sorprendido la muerte.

Si en este país se buscaran hombres para los cargos en vez de buscar cargos para los hombres, Ruiz del Arbol habría alcanzado los puestos más altos, que hubiese honrado y enaltecido por sus condiciones de carácter, laboriosidad y energía.

Descanse en paz el amigo inolvidable y reciban su viuda y sus hijos mi más sentido pésame.

La idea es de la Juventud Radical de Villanueva del Gállego.

Dice que es preciso familiarizarse con los cerrojos de los calabozos y cárceles, único patrimonio que los gobiernos van concediendo a los anticlericales.

De acuerdo: la libertad es patrimonio de la familia monárquica. Libertad para todo, incluso para atropellar la libertad.

Biblioteca de la Inquisición

Con esta fecha se pone a la venta el tomo titulado:

DESPOJO, INFAMIA
Y HOGUERA

Relación de autos de fe celebrados en Córdoba, comentados por el Licenciado Gaspar Matute y Luquín.

EN PRENSA

AUTO GENERAL DE FE
CELEBRADO EN MADRID
EN 1680.

Descrito por José del Olmo, alcaide y familiar del Santo Oficio.

Este auto es el más memorable de cuantos celebró la Inquisición en España.

EL MOTIN



Monja condenada á muerte en el "in pace".

La Buena Prensa

D. Emilio Alvarez, clérigo y ex-director de *El Debate*, ha publicado un libro titulado *Desde mi campo*, en el que hay un artículo con el título que encabeza este, y que copiado a la letra dice así:

La Buena Prensa

«En cambio, eso de la «Buena Prensa» todavía sigue siendo una incógnita.

Cierto que comenzó bajo los auspicios más prometedores. El nacimiento de esto que parecía iba a ser una benemérita Asociación hizo creer a los pobres periódicos católicos en la existencia de una mano protectora. El que menos pensó en algún donativo, ya que el otro, el apoyo moral, merced a esta institución, se le presta con eficacia en algunas localidades. Pero a nadie le cabe en la cabeza que el dinero contante y sonante que recaudan las damas de provincias con este objeto se destine a otro fin, ya que sería criminal pensar en absurdas evaporaciones.

Yo no sé qué hado maldito pesa sobre esta Asociación; pero la verdad es que no suelta un céntimo así la aspen, aunque sepa depende de su socorro la vida de un periódico católico.

A este propósito no puedo menos de recordar con horror un suceso, ya que ni el tiempo es capaz de restar frescura a mi odisea.

Había un periódico en Madrid que se publicaba con censura eclesiástica. El detalle creo es suficiente para que no se dude de su ortodoxia.

Pero un día, el propietario, que gastara todos sus ahorros en sus sostenimientos, advirtió que el diario se le escapaba de las manos. Las deudas se habían multiplicado de un modo atroz, y un último apuro de tres mil pesetas amenazaba dar al traste con su gigantería obra.

Por aquel entonces, y creo que también ahora, mangoneaba los fondos de la «Buena Prensa» un buen fraile del Corazón de María, el muy reverendo Padre José Dueso. Este religioso no es una capacidad; pero es avisado, y sobre todo, sabe rodear su vida con aire de misterio. Algunos le apellidan apóstol de la «Buena Prensa». Otros le llaman el fundador de los Legionarios, interesante y venerable institución; pero cuyos resultados hasta ahora nadie palpó más que el ilustre religioso. Otros, en fin, caudillo, precursor, maestro. Yo creo que, como mentalidad, no es más que una simpática mediocridad que buscó la postura del periodismo, porque las otras posturas estaban ya monopolizadas. Una vez dentro, este hombre resultó una verdadera hormiguita. Sabe callar a tiempo, y esto ya no nos parece poco, y sabe deslizarse en vez de andar, que tampoco es para echar en saco roto.

Pues bien; a este hombre acudió desolado el propietario del periódico. El padre Dueso resistió cuanto pudo la embestida sin que las lágrimas ni lamentos ablandasen su corazón. El era un mero administrador, un mandatario de la gente de Zaragoza, y no podía, por mucho alguno, distraer una cantidad que muy pronto tenía que presentar. El, a lo sumo, lo que podía hacer, era realizar un viaje a Zaragoza para soli-

citar una autorización que hiciese posible el préstamo, y en último término, añadió, que hasta era capaz de rendirse a la entrega en el caso de que el provisor de Madrid, Sr. Vales Failde, vicepresidente de la Asociación, le autorizase para ello.

Este camino parecióle el más viable al atribulado propietario. Contaba de antemano con la inmensa bondad del vicario de Madrid.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, al día siguiente, fecha en que, en compañía del padre Dueso había de visitar al provisor, amaneció el buero del propietario con otra nueva doloresísima. Uno de sus hijos estaba en trance de muerte, y delegaba en mí el menester cerca del Sr. Vales Failde, pues a la Vicaría saldría a las primeras horas de la mañana el Padre Dueso.

Acudí gustoso, no bien celebré, sin tomar siquiera el desayuno, para que la espera no agriase el buen propósito del infatigable propagandista.

El Padre Dueso apareció por la Vicaría muy cerca de la una y después de haber almorzado.

Y, lo que yo esperaba, el santo del provisor echóse sobre el religioso, y en el tono más cariñoso del mundo instóle a que entregase al periódico agonizante las tres mil pesetas. En el deseo de reducirle, hasta asumió toda la responsabilidad del préstamo.

De pronto sucedió una cosa rara. El Padre, reacio, acuciado por la bondad del vicario, comenzó a luchar en retirada. —Bien está, dijo, lo que usted propone; pero preciso otro voto, y puesto que se halla en Madrid el provisor de Zaragoza, vocal también, vamos Basilio y yo a darle el consentimiento.

—¿Y donde vive sabe?—preguntó al vicario, sin darle tiempo siquiera a rebatir el subterfugio.

—Creo—contestó el Sr. Vales Failde—que se hospeda en la calle del Príncipe, en casa de un pariente; pero ignoro el número.

—Iremos a la Nunciatura a preguntarlo—repuso el hijo del Corazón de María.—Y si allí no nos dan razón—continué—preguntáremos en San Sebastián, y si no en San Ignacio, y si no iremos casa a casa, recorriendo todas las de la calle del Príncipe. Ya aparecerá—terminó.

Y uniendo la acción a la palabra, salió conmigo a recorrer ese itinerario. Eran las dos de la tarde.

Nadie conocía en la Nunciatura al presbítero baturro, ni en San Sebastián, ni en San Ignacio, donde por cierto tuvimos que esperar, para saber eso, media hora.

Y ya el reloj marcaba las cuatro cuando el heroico interrogador se dispuso a interpellar a todos los porteros de la calle del Príncipe.

El hambre y el cansancio inspiróme entonces la idea de que fuésemos al Bailly Baillié, por ver si entre los apellidos de la calle del Príncipe había alguno que coincidiese con los del clérigo aragonés. Que si quieros. Tampoco allí aparecía un rayo de luz.

Se le ocurrió entonces al incansable ir a preguntar al Centro de Defensa Social, instalado en esta calle y como aquí no diesen razón, fuimos al domicilio de Prensa Asociada, donde el resultado fué igualmente negativo.

Yo estaba ojeroso, deshecho, desfa-

llecido. No podía dar un paso extenuado por la fatiga y la falta de alimentos. Llevaba veinticuatro horas sin probar bocado, y el padre Dueso, sin duda para que desistiese por aburrimiento, todavía me amenazaba con nuevas correrías.

Pero al tiempo yo debí clavarle con el ultraje de mi mirada. Es posible que hubiese sentido la congoja de la burla descubierta, porque de súbito me dice: —Son las seis; vamos por el dinero al convento, para entregárselo al propietario.

Respiré con ansia. Creí que en diez minutos salvamos la distancia que hay de la calle de la Princesa a la plaza del Progreso, donde vivía el desahuciado. Ya dije antes que el padre Dueso, en vez de andar, se deslizaba como un reptil.

Cuando entramos, estaba ya el hijo del dueño del periódico de cuerpo presente. Pero aun así no quiso el padre Dueso abandonar la casa sin llevarse un recibo firmado. Aquellas pesetas debieron rescaldar las manos del infortunado periodista. ¡Parecían un puñado de sarcamos!

Después, pasados seis meses, y cuando la catástrofe iniciada obligó al propietario a llamar a junta de acreedores, todavía pude reparar que el documento que guardaba el padre Dueso era el que se blandía con más apremio. ¡Y cuenta que es la única acción memorativa de que tengo noticia de la «Buena Prensa»!

Y pregunto yo ahora:

¿Dónde están las cuentas de esa sociedad de la Buena Prensa? ¿Quién maneja los fondos? ¿Qué acción cabe dentro de las Leyes nacionales, para verificar y calificar la administración, para fiscalizar las distracciones posibles, y para perseguir, en su caso, a los culpables?

¿Qué Defensa Social hay contra esta insolencia social? ¿Quién castiga estos escarnios de obra a la Religión de los que persiguen los escarnios de palabra?

Y cómo *El Debate* defendía la Buena Prensa, a sabiendas de todo eso que ahora nos cuenta?...

Aguardo sentado la respuesta.

La teoría y la práctica

El día 2 del actual se presentó en la redacción de la *Voz de Valencia* el director interino de *El Diario*, periódico católico, y después de decirle que se había injuriado a su futura esposa en el periódico, le administró una *chuleta* (bofetada) del mismo corte que las que le dieron a Cristo.

Siete personas de las que presenciaron la agresión, se dijeron: «¡Aquí se va a armar la de Dios es Cristo!», pero fué porque no contaron con que el receptor es un fiel cumplidor de las máximas de Cristo, y exclamó con voz serena y tranquila, en vez de sacar un revólver:

—Soy cristiano y el Evangelio me manda perdonarte. Vete hermano.

Y e «hermano», por no desairarle, le largó otras dos bofetadas y se marchó santamente.

Cuando llegaba á la puerta y saludaba cortésmente, el abofeteado se puso una mano en el carrillo, devolvió el saludo con la otra y repitió mansa y humildemente:

—Te perdono hermano.

Casi todos se han burlado del que recibió las tres susodichas. Yo le miro como el único ejemplar auténtico que he conocido de la doctrina de Cristo.

V de paso aconsejo al que lo abofeteó, que no vaya á envalentonarse con el éxito y trate de repetir la suerte con algún otro beato, pues pudiese encontrarse con una respuesta que lo tumbase patas arriba.

Y desde luego no sueñe nunca en abofetear á ningún fraile, ni á ningún cura, ni á ningún obispo, por que entonces finiquitaría sin remedio; hay ciudadano de esos que se dispara solo; con que no digo nada dándole un pretexto cualquiera.

La cárcel celular

Sufrimientos y desengaños

El sistema penitenciario es riguroso, es brutal, es inhumano, sobre todo en las cárceles celulares.

Entre los diferentes penados que sufren condena en estas modernas Bastillas, no hay diferencias, no hay consideraciones de ningún género.

Esto que á simple vista parece que es lo que debe de ser, creo yo firmemente que no es justo, que no es legal; y digo que no es legal ni justo, por la sencilla razón de que todas las causas que han sido base para el encarcelamiento no son iguales, sino que hay de ellas que se han desarrollado con instintos de fiera, con sed de sangre, aunque haya sido en un momento de ofuscación ó desequilibrio, y otras nacidas bajo un profundo estudio de la actual sociedad de los hechos que se realizan, de las injusticias que se cometen, de las diferencias que existen entre el hombre, y cuyo estudio proporciona el medio de defensa ó induce á rebatirse contra tal estado de cosas, empleando las armas que la ley concede á todo ciudadano como con la libertad de imprenta, la libre emisión del pensamiento, derechos estos que todo español puede utilizar para manifestarse en contra de los gobernantes prevaricadores, para calzar la obra de las autoridades, para contrarrestar los efectos de la burguesía, y para propagar las ideas modernas, pero que el caciquismo gubernamental no consiente, y atropellando la ley y el derecho, se opone á que sus torpezas ó injusticias se pongan de manifiesto ante la opinión y al que lo intenta lo meten en la cárcel, sin tener en cuenta que la Constitución es para la concede á todos sus ciudadanos

el derecho de manifestarse libremente en pro ó en contra de todo aquello que afecta á los intereses ó progreso de la nación, y que hacer uso de estas concesiones no constituye delito alguno; por lo que se desprecia que las autoridades cometen un atropello al oponerse á la libre emisión del pensamiento sin que sea en beneficio del orden (que á ellos es conveniente) y la víctima no merece sufrir el rigor del sistema penitenciario.

Yo comprendo que es suficiente para el hombre la pérdida de la libertad, porque con ella adquiere un sufrimiento moral incomparable, y éste es el castigo que puede imponerse á la persona que haya cometido un delito.

Reconozco perfectamente que dentro de las prisiones existen hombres que, por falta de cultura son verdaderamente elementos perturbadores, para los cuales debe haber castigo de excepción cuando realizan una falta; pero este castigo podría consistir en la incomunicación durante 24 ó 48 horas de la colectividad, ó proceder á un proceso cuando la falta fuera grave; mas no emplear el prohibido proceder de apalear brutalmente á un prisionero ó recluirlo en una celda de castigo sin luz, sin lecho, sin respiración y sin comida.

¿Por qué razón jurídica puede hacerse cumplir el sistema celular á los delincuentes políticos y sociales?

De todos los sistemas penitenciarios, el más inhumano es el que se observa en las cárceles celulares; y si este sistema se aplica á los procesados ó condenados por delitos políticos y sociales ¿qué es lo que resta para los delitos graves, como son el parricidio, la profanación, la dilapidación del tesoro público, la responsabilidad del Estado civil y militar... etc., etc?

Si los caudillos republicanos procuraran lo más mínimo; si sintieran compasión tan sólo por los que sufren dentro de las cárceles celulares el mal estar, la desesperación que nace entre las cuatro paredes de piedra de una celda sombría, reducida, respirando por fuerza la evaporación del evaporatorio, sin ver ni oír á nadie... ¡ah!, seguramente procurarían mejorar la situación de los condenados en general, y en particular la de los que sufren por defender el progreso de la nación, y por elevar á la categoría de prohombres, para que se enriquezcan, á esos mismos «caudillos republicanos» que desde la cumbre miran con indiferencia á los que carecen de pan y libertad.

¡Pueblito... después de tanto esfuerzo para encerrarlos, de tanto heroísmo para defenderlos, con razón y sin ella, cuando arrancando la venda que cubría nuestra vista reconocemos un traidor á la República en cada jefe republicano... ¿qué es lo que procede hacer con ellos?

P.

El Intermisante, Alarcón.

No sé nada

Me preguntan de Cádiz si sé que el niño Antonio Flaco ha sido maltratado por el Hermano Tomás González, del Colegio de San Ignacio, resultando con varias contusiones.

Ignoro el contenido de la pregunta. Y añado:

Si las contusiones existen, y han sido producidas por que en un momento de disculpable impaciencia, (son tan traviosos algunos chicos y otros tan torpes), el Hermano le diera algún golpe al Antichito, felicito á éste de todas veras. Esos golpes son dolorosos, pero nada más.

Hay otros en cambio...

Pero cáliemos: que las palabras se enredan como las cerezas, y quizás, sin pretenderlo, me trasladase á la Coruña desde Cádiz.

Glorias de la Compañía de Jesús

Los beneméritos Padres de esta ilustre y santa Compañía, han tenido siempre fama de ser personas discretas y muy reservadas de pluma y lengua. Aduzcamos algunos ejemplos que lo confirman.

En 1625 el P. Francisco Garasse de la Compañía, publicó en París un libro titulado: *Suma teológica de las verdades capitales de la religion cristiana*, tan lleno de errores y desatinos, que la Facultad de Teología lo condenó en 16 de Septiembre de 1626 y Mr. de Saint-Cyran escribió contra dicha obra un libro titulado: *Suma de las faltas y falsedades contenidas en la Suma del P. Garasse*, que dedicó al cardenal Richelieu. Al P. Garasse se le escaparon, entre otras cosas, las siguientes:

«Es falso que el diablo haya perdido á nuestros primeros padres ni Dios ha luchado jamás contra el diablo». (Página 257).

«La persona del hombre fué con injeritada ó puesta á caballo sobre la persona del Verbo». (Pág. 649)

«Cuando Cristo hablaba, discurría, viajaba, etc., sus acciones eran puramente humanas». (Pág. 943)

«Jesús era delgado de cuerpo y feo de cara, efecto de sus abstinencias y vigiliias». (Pág. 782).

«Jesús tenía un aspecto tan envejecido que aparentaba tener unos cincuenta años, y era tan endeble, que parecía que un soplo del viento bastaba para tirarlo á tierra». (Pág. 895)

«La octava maravilla del Universo sería el que existiera un sacerdote malo». (Pág. 375).

«El cambio del agua en vino es una de las maravillas más cómodas y fáciles que hizo Jesús, se limitó á cambiar una sustancia por otra». (Pág. 924)

«La Virgen sufrió el día de la muerte de Jesús todo lo que debía haber sufrido el día que le parió». (Pág. 841)

«Jesucristo trabajó con sus discípulos como un buco de carreta». (Página 740).

«La justicia de Dios es una diosa cruda, torturadora». (Pág. 343).

«El Padre Eterno engenaro y formó el Verbo fuera de sí mismo». (Pág. 482).

«El nombre de Jesús sin la cruz es un Cristo desbalijado». (Pág. 510)

«Cuando un caballero da un bofetón á un villano es un pecado de cólera que no tiene ninguna importancia. De villano á villano es una ofensa ridícula de la que no se hace caso. Pero si un villano á hombre de la nada tuviera la

audacia de dar una bofetada á un caballero, la ofensa no se puede reparar si no con la muerte del criminal villano». (Pág. 294).

Razón tenía, pues, Saint Cyran cuando decía que el P. Garasse no se había propuesto otra cosa en el mundo que poner en ridículo á la Compañía de Jesús y á sí mismo. Todas estas atrocidades se publicaron con la aprobación de los Superiores de la Compañía, y prevaleció la venia de los teólogos jesuitas examinadores del libro.

El 25 de Agosto de 1626, día de San Luis, el P. Arnoux, jesuita, estando en Grenoble, dijo que quería predicar un sermón en elogio del rey, y lo que hizo fué la alabanza de la Compañía. Llegando á decir que Dios no sería justo ni se ría Dios si no hubiera establecido la Compañía de Jesús; y después dirigiéndose á todas las autoridades y personajes ilustres de la ciudad que le escuchaban, dijo: «*Todos vosotros sois discípulos nuestros*, y si el Parlamento de París ha condenado el libro de nuestro hermano Sanctarel, esta doctrina es legítima y aprobada en Roma». Muchas personas al oír estas frases se quejaron á los señores del tribunal y de un modo especial al Presidente; pero ninguna medida se tomó contra el P. Arnoux, antes bien, se le encargaron los sermones de dos cuaresmas más. (*Manuscritos de Godefroy*).

En cierta ocasión, el P. Arnoux se presentó á la condesa de Soinous, quejándose de que favorecía ésta á sus enemigos y le dijo: «*Los que me atacan á mí, son enemigos de la Compañía, y, por tanto, de la cristiandad, que depende de ella*; pero no quedarán impunes. Porque se puede ser vengativo por el bien público y de mi Orden. Vos habéis hablado contra mí á los Sres. Sfigent y Cremier, olvidando que vos y vuestro hijo podéis algún día encontraros frente á la Compañía y entonces ¿qué será de los dos?». La condesa se vió obligada á despachar al altanero jesuita, y repitió sus palabras al coronel Sfigent y á los Sres. Guet y Prechaut. (*Manuscritos de Dupuy, n.º 678*).

FRAY GERUNDIO

El mes de María

Falleció en Tenerife la señorita María de los Dolores Ferreira Hernández.

Su familia avisó á la parroquia de San Francisco, regentada por D. Francisco Herráiz Malo, para que al pasar frente á la iglesia el entierro se dijera un responso de caridad, y respondiéronla que era imposible, por hallarse en el mes de María.

Y un periódico de la localidad, *El Progreso*, comenta así el hecho:

«No conocemos los cánones, pero sí podemos afirmar que este mes se han dicho respuestas pagados en otros entierros.

¿Será mes de María solamente para los respuestas de caridad?»

Me haría sonreír la candidez del colega, si no la creyese un tanto maliciosa y picaresca.

¿Quién duda que la palabra caridad tiene dos significados bien diferentes

para las gentes de Iglesia, y que es simpática ó antipática, según se trate de pedir ó de dar?

Hubiese mandado la familia de la difunta unas psetejas envueltas en el papel en que hizo la petición, y habría sido complacida en el acto. ¿Pero pretender respuestas *gratis*?

Para esta clase de peticiones, lo mismo es mes de María el de Mayo, que el de Diciembre, que el de Febrero.

Y, bien mirado, no les falta razón á los curas. ¿Mandaría esa familia por un panecillo gratis á la tahona? No. ¿Pues por qué pretende *resposos* de valdivia? ¿Es que vale menos el alimento espiritual que el corporal?

Además, todo lo que se vende, debe pagarse, no pedirse. La mendicidad es deshonorosa.

Patriotismo y... patriotismo

Soldados alistados este año en La	
Coruña	438
Presentados.	182
Prófugos.	256
Inútiles	116
Con excepción legal.	33
Declarados soldados.	33
TOTAL	182

¿Consecuencias? Que de 438 hombres que debían ser soldados, se escaparon de España 256.

Que de los 182 presentados, hay 116 inútiles por falta de desarrollo ú otras causas y sólo 33 fueron declarados soldados. ¿Son patriotas los 256 que se escaparon y sus familias?

¿Pueden serlo los 116 inútiles por falta de desarrollo, debido sin duda á miseria, hambre, etc., de sus familiares?

Naturalmente que todo esto es culpa del... régimen... de vida.

Acción Republicana.

Coruña.

La Moral del Juego y el juego de la moral

Las gentes de nuestra grandeza española merece realmente llevar barbas de capuchino y sayo de jesuita. Se está poseyendo de un verdadero favor *moralizador*... de los otros, sin duda para ocultar con este taparrabos las inmoralidades propias.

Trata de blancas... ¿Quiénes son los socios? Fulano, cuya querida es Mengano; Mengano, cuyo amigo es Zutano. ¿A qué viene, pues, este negocio de tal Sociedad? Cualquiera jesuita creería que viene solamente al de *monopolizar* el negocio y de intervenir las transacciones de este comercio.

Liga antipornográfica. ¿Quiénes la

componen? Pues... esos; los que tienen el sentido pornográfico irritado por el ejercicio excesivo. ¿A qué viene esto? Sencillamente, á constituir otro monopolio. Los socios tendrán privilegio para meterse de cabeza en todo asunto pornográfico; con pretexto de perseguir á los extraños.

¿Es que estos señores están inermes del contagio pornográfico? Si lo creen así, ¿por qué en vez de extender el privilegio este de insensibilidad porográfica, con lo cual el mal dejaría de serlo; y en vez de esto hacen lo contrario, de reclamar para unos cuantos de la secta esta inmunidad?

Y si son contagiables ¿cómo harán creer al público que es cosa tan mala la pornografía cuando ellos la buscan con tanto afán?

Las ligas del clero... Son donosas ligas estas. La historia está ronca de gritar que cuanto más clero más inmoralidad, y que la clase más inmoral es el clero precisamente. Carece de *moral natural*, de *moral de familia*, de *moral social* y de *moral individual*; y, sin embargo, pretende ser el apóstol de la moral. Paga la moral de boquilla y la inmoralidad de todos los otros miembros.

No lleva ligas en las piernas y se las ata á la frente. Se pirra por las ligas, sobre todo, por las ligas de mujeres.

El duelo... Es otra martingala de los moralistas danzantes. Es liga clerical también. Que nadie se bata; con ello el calumniador que sabe evitar la pueba de la calumnia que le llevaría al tribunal, queda invulnerable en su oficio.

Ahora vamos á descubrir la *moral del juego*. El brá juegos morales y juegos inmorales; todo por haberse descubierto que ciertas autoridades cobraban de esta inmoralidad...

Muy bien: ¿cuándo acabaremos con este juego de la moral? ¿Cuándo moralizaremos á los moralistas?

Porque es cosa comprobada: un moralista es el ser más inmoral.

¡Dudas!... ¡Sombras!...

De la horrorosa catástrofe ocurrida en Villareal con motivo del incendio de un cinematógrafo, en el que murieron 62 personas, resultando heridas ciento y pico, tratan ya de sacar provecho los familiares.

He aquí lo que cuenta el Reverendo Padre Mestres, guardián de los franciscanos:

«El sábado último hallábase el reverendo P. Boronat, confesor de las monjas de San Pascual, confesando á una de ellas, cuando de improviso sintió dos golpes muy fuertes dados en las paredes del confesonario, siguiendo á este ruido una prolongada trepidación en los cristales de la urna de San Pascual.

El P. Boronat contó á la comunidad lo ocurrido, y la monja hizo lo propio con sus compañeras de Orden, mostrándose muy asustada.

Los P. P. Franciscanos recordamos la tradición que existe, según la cual el Santo anunció siempre á sus devotos de Villareal la proximidad de alguna catástrofe con un par de días ó tres de anticipación. El hermano enfermero opinó que el ruido debía obedecer á que por el calor habían crugido las maderas del confesonario, y, más animoso, hizo que los Padres desecharan la idea de que se avecinaba alguna gran desgracia.

Retiráronse los Padres á sus respectivas celdas, y ya bien entrada la noche despertó al Padre Boronat un ruido sordo y duradero, acompañado de fuerte trepidación. Sobresaltado, encendió la luz, y á los pocos momentos otro nuevo golpe más ruidoso que el primero, le hizo arrojar del lecho y avisar á la Comunidad. Desde este instante los Padres Franciscanos han vivido en constante zozobra, hasta que esta horrible desgracia, á las sesenta y cuatro horas de haber sentido los dos primeros golpes, les sacó de la incertidumbre.

Creo todo eso, como si lo hubiera visto. Un hombre que creyó posible la unión de los jefes republicanos, no tiene derecho á dejar de creer en nada.

Solamente me ocurre una pequeña duda. Si San Pascual sabe con tanta anticipación cuando va á ocurrir una catástrofe, y se toma el trabajo de anunciárselo á sus devotos, ¿cómo no les hace ya el favor por completo, indicándoles el punto donde va á ocurrir, ó evitándola, si estuviere en su mano?

Yo, por lo menos, así lo haría. Verdad es que, como nunca he sido santo, ignoro absolutamente lo que debe hacerse en estos casos.

Tampoco, de ser franciscano y confesor de monjas, hubiera callado lo del aviso; hubiese dicho siquiera: «preven-gámonos contra la catástrofe que se avecina, dicién-lo unas misitas. Vengan los cuartos.» Verdad es que como tampoco he sido nunca franciscano...

En fin, dudas y misterios por todas partes. ¡Pobre Humanidad! ¡Las sombras te rodean por doquier!... ¡Y los frailes!... Ay, pues, con ojo para no tropezar, ni que te tropiecen. Esto último sobre todo.

CRONICA

Cuando un militar muere, si es pobre, primero se quedan sin comer sus compañeros por costearle el entierro, que permitir que carezcan sus restos de esas decorosas atenciones que todos dan á los restos del compañero ó del amigo. También he visto lo mismo muchas veces entre obreros, entre empleados, entre asociaciones de índole exclusivamente humana.

Pero, por lo visto, entre asociaciones de índole divina sucede lo contrario; se remontan tanto, que se pierden de vista, y una vez separada el alma del cuerpo, con misas y oraciones ya está hecho todo, y ni decorosas atenciones

merece siquiera el cadáver, la pobre envoltura.

Pocos días hace murió repentinamente en Ruesga un sacerdote, y después de decir un compañero suyo: «Llévate en una escalera», se optó por conducirlo al cementerio en un carro con un poco de paja.

Si los objetos inanimados hablaran, aquel carro podría decir: «En el mismo lugar donde han ido los hierros, los utensilios de labranza que á componer llevaban á la fragua, ha ido el que cogía á Dios en las manos, el que nos enseñaba á reverenciar por ser el ungido del Señor, su ministro; y esa Iglesia, tan celosa del prestigio de sus ministros vivos, me ha entregado su cuerpo como una herramienta rota.

Los sencillos aldeanos de Ruesga que lo vieron y me lo contaron, no habrán dejado de pensar: «Si esto hacen con los suyos, con seres superiores al resto de la humanidad, ¿qué harían con nosotros?»

Si así tratáis un cuerpo ungido, dejando las manos que tantas veces elevaron la hostia santa revueltas entre la paja del carro y el hediondo fango de la sepultura, una de dos: ó no creéis en la transubstanciación que como dogma de fe imponéis á vuestros fieles, ó menospreciáis tan sagrado misterio tratando así al pobre cuerpo que elevó entre nubes de incienso la carne y la sangre de Dios...

El esposo, el amante, los esclavos del amor que llamáis impuro, ú obseculo para la perfección, guardan como reliquia del ser amado la flor que tocaron sus manos, la llevan junto al corazón; y vosotros tratáis así al pobre sacerdote que acaba de morir, cuyo cuerpo, tantas veces en contacto con el que llamáis amor de los amores, debiera ser para vosotros más respetado, más querido que para el desdichado amante, para el esclavo del imperfecto amor humano la flor marchita, el rizo del cabello de la que amó.

Seguid haciendo guerra á la pasión, al sentimiento, á la vida; que hechos tan elocuentes como este mostrarán que lo que siente el corazón es la verdad, y vuestros místicos oropeles pretexto de dominación, puesto que el amante da al recuerdo querido lágrimas, sangre del corazón; y vosotros... lo que al desdichado sacerdote...

FEDERICO IRIARTE DE LA BANDA
Ramales.

PIDAL Y MON Y MENENDEZ PELAYO

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL Y ANTE
LA ESTATUA DEL CONDENADO LUIS VIVES

Porque dos ó tres escritores judíos afirmaron que á lá en Palestina ocurrieron ciertas cosas en la única Familia Sagrada hoy para el clero, que la profanó en vida por todos lados, por esto en España no se trabaja el día 25

de Marzo en que fué concebido Jesús; el 6 de Enero en que fué visitado por unos Reyes Magos; que ni eran Magos ni eran Reyes, según nos cuenta Renan; el Jueves santo, en que le prendieron los clérigos de Jerusalem; el Domingo de Pascua, en que resucitó; el día de Pentecostés, en que se fué al cielo...

Tampoco se trabaja el día que fué concebida su Madre, ni el día en que nació, ni el día en que murió, si bien no se celebra el día de la boda.

Y menos mal que no se siguió el ejemplo con los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, con lo cual España habría sido una juega continua, en que sólo faltara que el buen Dios nos enviase con el maná celestial diario una lluvia de toros cada semana.

¡Si viniese otra vez el buen Jesús, cuántos látigos rompería azotando el rostro de los holgazanes!... ¡El, que se burlaba del sábado de los judíos!...

En la Biblioteca Nacional repercute esta religión de la holganza nacional.

Por ser cumpleaños del rey, cerrada la Biblioteca y abiertas las tabernas: por ser el santo, fuera Biblioteca y á los toros todo bicho estudiante.

Por... por... por... en fin: he perdido la cuenta.

El día 3 y 4 de Junio cerrada la Biblioteca por haber muerto Menéndez Pelayo, su director...

¡Linda manera de celebrarle el funeral! ¡Y qué arte más literario de llorar su muerte!

Concurrentes á la Biblioteca: fastidiosos... Seguramente Menéndez Pelayo desde el cielo, desde el purgatorio ó desde el infierno, maldeciría al autor de tal medida. Porque dudo que hubiera un cliente que al encontrarse con el cartelito «cerrada», se fuese á oír misa por su alma; antes bien le echaría una maldición por haberse muerto para suplício de sus dirigidos.

El Estado celebró el funeral allí con una misa solemne en la capilla y sesión literaria en el salón.

Parece que dijo la oración fúnebre el gran Pidal y Mon, que nos dió á los brutos liberales el siguiente fustigazo, por no llamarlo con teológica pues no sabemos si en la conmemoración ó cambio de idiomas, aplicada á los teólogos por sus dos naturalezas, animal y humana, corresponde este boquible.

Coz, fustigazo ó lo que sea, he aquí lo que, según *Heraldo de Madrid*, dijo á hizo el excelso padre eterno D. Alejandro:

«La palabra del tribuno, cálida, ardorosa, vibra ahora con fragor de pelea. Más que el hermano que llora la muerte del hermano es este venerable Sr. Pidal, cuyas barbas blancas se mueven temblorosas, como el guerrero que empapa en sangre del caudillo muerto las fuertes manos, y que las alza al cielo con el clamor de un juramento de venganza. La oración suya no es la elegía, sino el pregón de una batalla.

—Oid—nos dice—este fué el mayor triunfo del confesor de la fe. A su muerte, los ejércitos de la impiedad pusieron las armas á la funerala, batieron sus tambores los destemplados parches y rindieron honores al cadáver de Menéndez y Pelayo. ¡Juzgad cuál no será su gloria!

¡Juzgad! ¡Juzgad, vosotros, imbéciles faltos de juicio! ¡Juzgad!... Los ejércitos de la impiedad presentando las armas á la funerala...

EL MOTIN pareceme que se tiene ganado el título de general de este ejér-

cito de la Impiedad... órgano del averno, voz de Luzbel, etc. etc.; y EL MOTÍN (se lo aseguramos á don Alejandro) en vez de ponerse de luto por la muerte de Menéndez Pe'ayo, se hizo la reflexión siguiente:

¿Vamos á llorar, ó vamos á reír?

Porque, mal de Pelayo, bien de Pidal... Esta fué nuestra composición, recordando aquellas disputas sobre la presidencia de la Academia, que parece enconaron los ánimos de ambos próceres.

¿Muere Menéndez Pelayo? nos dijimos... ¡Qué alegría para su sucesor! A Bibliotecario muerto, Bibliotecario puesto, y cambio de Pidal en el presupuesto...

Y claro está que si el nombramiento este es un bien para el futuro poseedor, el desear la vida de Pelayo era desear el mal del otro; y llorar por la muerte del difunto, era profanar la alegría del vivo.

Y ¿no habrá algun sobrinito en espera de la breva?

Y nos dijimos más: nos dijimos:

¡Qué placer más teológico el que tendrá D. Alejandro de cantar el responso sobre el cadáver de su rival de otros tiempos!... ¡Oh qué placer ese de llorar con un ojo lo que se ríe con el otro!

Así es que no pensamos en enlutar las plumas, sino que nos aguantamos la risa por no profanar el cadáver.

Y ahí se las entenderán con D. Alejandro los ímpicos que han tenido la educación de guardarla á gentes que no saben recibirla.

..

Y Pidal, según el *Heraldo*, se entrometió con nuestra Marina, es decir, con nuestra Inquisición, de lo cual da cuenta el colega en estos términos:

«Granizan los fáciles tropos, que resbalan en los oídos como flecha en acerada cota. «El cruzado de la fe.» «El manto sagrado del inquisidor.» La Inquisición constituye para D. Alejandro un provecho tema. En sus bellos discursos académicos pone siempre una loa para el Santo Tribunal. El elogio á la expulsión de judíos y moriscos y la condenación de Carlos III son las más lindas páginas de su oratoria.

»Al fin remata la lectura con la afirmación de que el nombre de España no resuena más allá de las fronteras sino por aquellos nombres de los creyentes ardorosos.

«—Cierto—añade—que se oyó al otro lado de ellas el de Ferrer. Ved que ahora, en con trasposición, se llora el de Menéndez y Pelayo, que puso todo su angustio saber á las órdenes de las sublimes doctrinas del Crucificado.»

Doctrinas de paz que ponen en ridículo escarnio los trabuqueros académicos.

En la Biblioteca Nacional, y sobre el sarcófago del Bibliotecario, ha sido osado á cantar la Inquisición un académico!

Y no se hundió la Biblioteca, ni cayeron sobre la cabeza de Pidal los cien mil legajos de los cien mil crímenes de la sala de la Inquisición!...

Ni la Biblioteca podía llegar á más bajo, ni la Academia podía llegar á menos alto...

¡Qué vergüenza para España! ¡Qué vergüenza!

Y canta las glorias de la Inquisición Pidal, que habría sido quemado mil veces, por los inquisidores integristas y carlistas!!

Inquisidor y ministro del Rey... Ya lo sabemos: hay ministros inquisidores.

La Inquisición está en el Consejo de Estado, en la Academia y en la Biblioteca.

Lástima que sea de piedra la estatua de Luis Vives que adorna el frontispicio del Palacio Si llega á ser de carne y hueso, baja del pedestal Luis Vives, sube al Archivo, coge el libro de la Inquisición de Valencia donde consta el secuestro de bienes y robo que le hizo la Inquisición, y al salir Pidal se lo mete en la garganta y de un puntapié le hace rodar por las escaleras.

¡Qué insulto para ti, ilustre condeñado valenciano! ¡qué insulto!

Animato, estatua, y carga contra los inquisidores, que no te asaron por que no te cogieron.

R. MAYOL

Cosquillas

Según dice «El Corriere de la Sera», el Papa Pio Diez ha autorizado que haya en los templos «cines» que sean, claro está, reflejo exacto de escenas religiosas y morales, á tono con el sitio. ¡Bien por Sirlot!

Compréndese, lector, que no sería producto natural de un juicio sano que el Romano Pontífice hubiese aconsejado

películas profanas en la iglesia, cual puédelas haber en un teatro, y yo, lector querido,

sinceramente hablando, encuentro razonable y conveniente que exhiban en los muros del santuario la pasión de Jesús, las tentaciones de San Antonio, el bárbaro martirio que sufrió San Lorenzo,

y otros mil episodios adecuados; como también encuentro muy sabia la advertencia del Romano Pontífice, respecto á que concurren al «cine» separados

los fieles de las «fielas» y á que no estén á oscuras, «sin embargo», las naves de los templos. De este modo

tendrán solaz honrado los fieles, y enseñanza de bíblicas escenas, y de paso los pobres capellanes

podrán gozar también del espectáculo, aunque no es cosa nueva

para ellos el ver «cines», ¡qué canario! Yo ignoro si en Madrid habrá algún día

películas también en el sagrado recinto de algún templo. Si eso llega, va á parecer extraño

oirles en la calle á dos amigos estas frases, al paso:

—¿Adónde vas, Pilar?

—Yo voy al «cine»

que llaman «Chantecler». ¿Y tú, Rosario?

—Yo voy, con don Melquiades,

al «cine» de las monjas de San Plácido.

—¿Estrenan hoy película?

—Sí; dicen

que representa el acto de darse la manzana nuestros padres allá en el paraíso, bajo el árbol

que la Biblia nos pinta tan frendoso, y la ira del Señor; todo tomado del natural.

—¡Pues, chica,

renuncio á «Chantecler» y te acompaño!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Heraldo de Madrid.

Llaman á la puerta de mi casa; acudo al llamamiento y me encuentro con una comisión que anda allegando recursos para una pobrísima y numerosa familia obrera, cuya madre dió á luz ayer dos niños; hecho, Sr. Nákens, que pongo en su conocimiento, por si cree oportuno darle publicidad.

Fecundidad suicida

La fecundidad, función sublime si no existiera la criminal desigualdad imperante, que da lo superfluo á unos cuantos ociosos y niega el mendrugo de pan á los que más derechos tenemos á él, ha venido á sembrar el pánico en un hogar tan surtido de bocas como escaso de alimento que llevar á ellas.

Un pobre obrero de esta localidad, cuyas rentas consisten en el mezquino jornal que gana, cuando lo gana, y una compañera que le ha dado seis hijos en otros tantos partos, ahora, y de uno solo, le regala dos infantes más.

Fecundidad santa si el egoísmo y la avaricia no imperasen en la tierra en la forma brutal que se ve, si el corazón humano no estuviese metalizado y el pensamiento incapaz de pensar en nada elevado, encerrado entre las paredes de hierro de una caja de caudales; pero suicida, maldita, cuando, como ahora, viene á aumentar el hambre en un hogar ya miserable.

¿Cómo, de qué forma ha de cuidar este obrero á su compañera, con dos pesetas que gana, seis hijos que le piden pan y uno pegado á cada pecho, secos por necesidad, de la infeliz madre?

Propongo á los curas del distrito (existen seis por lo menos) que entre todos, célibes, con recursos y sin otros cuidados ni atenciones mayores á que atender, se impongan la cristianísima misión de aliviar la precaria situación de esa católica familia.

Y si esta mi proposición no cuajara, por exceso de avaricia, que practiquen la cristiana obra de caridad á costa de las imágenes de madera de sus iglesias, desnudándolas de joyas inútiles y vistiendo con su producto á los tiernos recién nacidos, procurándole á la madre alimentación abundante para que ellos no se mueran de hambre.

No lo harán; mas si lo hicieren, se lo comunicaría muy gozoso, D. José, entre otras razones, para que se convenciera usted de que es injusto al tachar á los curas de avaros.

Supongo que los bautizarán de balde, y si no lo hicieran así, entonces habrá que reconocer que le sobra á usted razón al pregonar la avaricia y dureza de corazón de los ministros de Dios en la tierra.

PEDRO CAO FRIETO

Jubia.

La Inquisición en el penal de Figueras

RESPONDE LAS ALUMNAS

El tiempo vuela, las sacrificadas víctimas en aras del despotismo o de un director y de la crueldad de un administrador y de una feroz ronda de cabos en el penal de Figueras, agonizan y gimen allí en la fría soledad de un calabozo ó arrojados como perros que no como hombres, en los sucios baños ó en los pesilentes y antihigiénicos dormitorios, en los que todo contagio se infunde y toda demoralización tiene su fermento.

El tiempo vuela y de todas aquellas arrogancias de un momento, de todos aquellos subeños de exigir justicia recta y severa, de aquellos propósitos de formar comisiones de leal castigo de San Fernando en comprobación de los inhumanos tormentos aplicados en la Siberia, en la Bomba y demás mazmorras del figuerense penal, sólo ya van quedando: es decir de periodistas como *«El Duende de la Calabaza»* y del revolucionario señor Castroviejo.

El tiempo vuela y de todas las bravuras, de todos aquellos arrestos, de todas aquellas voladas amenazas de acudir á la Prensa, al mitin, de mover á la opinión, hechos por el señor Salvatilla y otros diputatos, ¿qué es lo que va quedando?

El recuerdo en alguno, la fía y cobarde indiferencia de los más, la ciega y pravefente negatividad de un presidente que, lo mismo que otros ministros, por aquello de evitar escándalos y por con veniencias de Estado, también se ha visto en el triste caso de tener que negar martirios y asesinos tratos que todo el mundo sabe ya con verdad, porque en el presidio de Figueras, de Tarragona y de Valencia se hallan los martirios agonizantes supervivientes víctimas, dispuestas á repetir, á quien se lo pregunte, los inquisitoriales tratos de que fueron objeto y á mostrar las señales que en sus cuerpos llevan como viva demostración de la humanitariedad y moralización que en pleno siglo XX resulta el siempre leal, el siempre el ramo de Penales de esta católica y monárquica España.

Y mientras continúan las actuaciones y mientras quedamos esperando que en su día el ministro de Gracia y Justicia dará cuenta del resultado, nosotros, firmes con nuestro propósito de hacer del dominio público, es decir, los tratos que en el penal de Figueras se viven dando á los infelices reclusos, publicamos la carta que el penado Manuel García nos mandó desde la penitenciaría de Tarragona, en la que se encuentra:

«Habá Manuel García:

«Yo he sido bárbaramente maltratado en el inquisitorial penal de Figueras.

«Me dieron muchos palos, deján fome como á muerto. Perdí el conocimiento á consecuencia de la feroz paliza que me dieron, y cuando recobré el sentido, me vi tendido en una cama de la enfermería de este penal. A los pocos días fui trasladado á este penal de Ta-

rragona junto con otros diez compañeros, los que casi todos fueron destinados á la enfermería debido á lo lastimado que tenían el cuerpo por las brutales palizas recibidas.

«El médico de esta penitenciaría, con dolor del deplorable estado en que me vió, regimé varias veces me quedara en la enfermería, pero yo no quise aceder, porque me repugnaban las enfermerías.

«En el patio pasé como mejor pude, hasta que recobré la salud, aunque de modo relativo.

«Nunca podré olvidar la proposición que me hizo el encargado de la ronda de cabos estando yo en la celda de castigo. Ese era vago es el que más se distingue en dar palos. Como es el primo mimado del director y del administrador, vino al calabozo, porque se había enterado de que mi pobre madre me había mandado diez pesetas, y una vez en la celda díjome el *gancha* del director, ó sea el encargado de la asesina ronda: «Oye si me das las diez pesetas que tienes influí á con el director para que te saquen de la celda.»

«Mas como yo respondiera que las debía casi todas, pues estaba muy empobrecido, repuso: «Vaya, á me cinco y te escó.» Le entregué las cinco pesetas, y á la media hora me sacaron del calabozo de castigo, en el que, sin razón y por carecer de dinero, se me había apañado de modo salvaje y tenido por espacio de más de dos meses rigurosamente castigado.

«Ya fuera del calabozo, quedé me pensando: Pero, ¿dónde, qué ley y qué justicia es esta que si uno da dinero pueda librarse del castigo, y si no lo tiene lo muelan á palos y se pudre en el calabozo?

«A consecuencia de las palizas que me dieron me siento muy delgado del pecho, pues el día antes de ser trasladado á este penal, el sanguinario director del de Figueras, el administrador, juntos con los de la ronda de cabos, me dieron palos, muchos palos en el pecho, con bolas de arena me golpearon la espalda, y el verdugo del director, Nemésio Mileras, me descargó un tan fuerte golpe con su palo en el pecho, que me hizo caer en el suelo, hundiéndome la contera de hierro en una costilla.

«Una vez tendido en el suelo, cayó sobre mí débil cuerpo una lluvia de palos. Era aquella sayonesca ronda que se ensañaba ferozmente conmigo.

«Aun espero venga un juez especial á interrogarme con el fin de hacer luz en este escabroso asunto. ¿Es que para nosotros pobres penados, sin recomendaciones ni válidas influencias de los de arriba, no existe la justicia?

«El otro día vino á este penal el director general de penales, y ni siquiera se tomó la molestia de llamarnos. Únicamente llamó á uno de los once compañeros que vivimos del de Figueras y sólo le preguntó por un artículo publicado en *«El Progreso»*, y aquí acabó la visita.

«Es de este modo como en España se administra justicia? Sin interrogar á las víctimas y sólo dando crédito á las falsedades de un acaudalado y de un cura egoísta y explotador, el que tal vez en su vida ha dicho una verdad. Este cura podrá saber mucho de rezas, pero lo que es de cosas justas y de practicar

actos conformes con el Evangelio, ni de Marcos ni de Lucas, entiende, pero muy poco. Como que es uno de los principales revolucionistas de *«El Economato»* del penal de Figueras, en el que se defraudó al penado como ni en Sierra Morena».

Aquí termina la carta del penado Miguel García.

Pobres víst mas, ellos bien fían en que se les debe de hacer justicia. Porque es lo que todos esos infelices que fueron tratados de modo tan á lo Arbúés y á lo Portas, allá en los muros y fijos calabozos del penal de Figueras, dirán en sus comparativas reflexiones: «Si yo delinquí, según la ley ó el criterio de los jueces, también me castigaron, como lo prueba que aquí me hallo cumpliendo condena».

«Luego el castigar del modo cruel y asesino que conmigo lo hizo la criminal ronda de cabos, á las órdenes del director, del administrador y otros empleados, es delito, toda vez que la ley lo prohíbe y la conciencia lo repugna».

«Y siendo así, ¿por qué el director y el administrador, que á la sombra de los calabozos ordenan palizas de muerte y con sus varas hieren gravemente á los infelices presos, no son castigados conforme á la misma ley y al mismo criterio de los jueces que á mí me castigaron? ¿Será que el mismo delito que en mí fué crimen, en ellos resulta virtud? ¿Será que se pesa la justicia con dos balanzas?»

Y por este orden de reflexivas deducciones irá sacando muy tristes y extrañas consecuencias, por cierto poco favorables á la santidad de la justicia y á la sagra la rectitud del Código Y... ¡Remember!

LINCE

Echemos un velo

La desaparición del canónigo Piou de la casa abadía del curato de Angers, ha ocupado á Francia durante cinco días.

Era rico y administraba cuantiosas sumas.

Salió de su casa el sábado por la noche para dar los óleos á un enfermo y no volvió, encontrándose la sotana y otros objetos á gran distancia del pueblo y un papéio en el sombrero en que se leía: ¡Mueran los curas!

Registrada después su casa, encontrábase completamente desvalijada, rota la caja de caudales y completamente vacía.

Toda la policía del departamento se puso en movimiento.

El hecho se explicaba suponiendo que había sido secuestrado, asesinado ó sepultado en el río, y que los secuestradores le cogieron las llaves de la Casa entraron en ella y tuvieron toda la noche de tiempo para vaciarla.

Al cabo de cinco días ha sido encontrado el canónigo, contando primero una novela de secuestradores, y confesando por último que perdió en el juego los fondos del Seminario y de otras corporaciones, y para evitar el escán-

lo había inventado la historia del secuestro.

Echemos un velo, ó mejor el manto de Constantino sobre ese ministro del Señor, que en un momento de disculpable extravío, del que ningún mortal está libre, se jugó lo suyo y lo ajeno, manchó sus sagrados labios con una mentira y preparó una coartada que ni el estafador más perfecto.

Y pidamos á Dios en nuestras cortas oraciones que la justicia de los hombres no sea con él muy severa, y que lo sumo le condene á un par de años de trabajos forzados. Como el dinero que se jugó pertenecía á personas sagradas, ellas le perdonarán la travesura, sobre todo si, como es probable, lo han repuesto ya en sus arcas piadosas.

El Padre de Todos

El destino de la mujer española

En las fachadas de Asilos y Hospicios católicos, suele verse esta inscripción sacada de la Biblia:

*Mi padre y mi madre
me abandonaron.
Dios me recogió.*

Y es el caso que en España están reuniendo rentas que les permiten hacer grandes remesas al extranjero, adquiriendo estupendos y provocativos palacios, estrepitosos automóviles y figurando en los Bancos con largas cuentas corrientes, cien mil frailes y monjas que viven del oficio de *decirse benéficos*, y profesan públicamente el voto de pobreza para ellos y de sacrificio en favor de los demás.

Y en tanto que ellos se enriquecen, vemos á diario hechos como este que publicó *El Imparcial* del día 8 de este mes:

«Anoche, á las doce, al mismo tiempo que penetraban en el imponente vestibulo del Juzgado de guardia dos ladrones, un «fresco» que había cenado gratuitamente, un estafador y algunos otros delicuentes, ingresaba una niña vestida con traje de percal negro. Un velo cubría su cabeza y casi le tapaba el rostro. La niña se sentó en un rincón, y fijó la vista en el suelo.

Un guardia de Seguridad se sentó á su lado. Le interrogamos.

—Esta niña—nos dijo—se ha puesto delante de un tranvía en la calle del Marqués de Urquijo. El conductor pudo refrenar y logró contener el coche un metro antes de llegar á ella.

La niña se llama Carmen López Chantón Real y es de Madrid. Representa unos quince años. Sólo sabe que nació en la plaza de Santa Catalina de los Donados.

—¿Por qué ha atentado usted contra su vida?—le preguntamos.

—Porque carezco de amparo, y para vivir abandonada prefiero morir.

Luego nos refirió que hace seis meses, poco después de perder á su padre, entró para hacerse monja en Nuestra Señora de la Esperanza, calle del Rosal, número 3.

—Anoche—añadió,—á las siete, nos

despidieron á otra niña y á mí. Salimos de la casa religiosa. Ella mi compañera no sé adónde habrá ido.

«Yo fui á la casa de mi bienhechora y protectora, la condesa de San Rafael. Iba á pedirle un paro, un rincón...

«La señora—me dijeron—sólo recibe de once á doce.

«Fui después al Servicio Doméstico á pedir albergue cristiano.

«No podemos admitirla, hermana—me contestaron.

«Me trasladé á las Reparadoras.—¡Piedad y misericordia para una hija de Dios!, imploré á una hermana.—¿Qué quieres?—me preguntó.—Soy una desdichada de la Hermandad de la Esperanza y quiero albergarme en una casa de Dios—contesté.—Perdone, hermana; no podemos recibirla...

Marché al asilo de la Santísima Trinidad, de la calle del Marqués de Urquijo. Allí me dijeron: ¡No puede ser!

«Ahogada por el desamparo, sin saber qué iba á ser de mí, viendo que era de noche y que carecía de todo, hasta de abrigo, consulté mi conciencia y... de rodillas, con las manos juntas y la vista al cielo, implorando perdón á Dios me puse delante de un tranvía... Quería morir...

Afectadísima contó al juez de guardia cuanto he referido.

Sus padres tenían en Sevilla un gimnasio. Murió la madre hace años.

El padre vino á Madrid: la niña ingresó en el convento del Buen Consejo.

Hace seis meses enfermó el padre, y la niña obtuvo permiso para asistirle; pero en seguida la recluyeron en el convento en que ahora se hallaba. Murió su padre... La triste noticia le fué comunicada bastante después de la muerte. La niña no heredó nada. Unos cuantos muebles se tradujeron en unas pesetas. Las pesetas se destinaron en el convento á la alimentación de la virtuosa niña.

—¿Qué van á hacer conmigo?—preguntaba la inocente criatura.

El juez de guardia, Sr. Martínez Enríquez, no ha determinado hasta ahora el destino de la niña.

«El destino de una doncella española, arrojada por la ola conventual á la playa, entre las algas negras, las corchas vacías, los huesos de naufragos, los trapos arrastrados por la corriente?...

«El destino de una española de quince años, manca de manos para trabajar, mudos sus labios para maldecir, ciegos sus ojos para ver la realidad?...

«El destino de la doncella católica, pobre y abandonada?...

Su destino son las postrimerías: muerte, juicio é infierno.

Por que la gloria la han perdido; antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que un pobre por la puerta del cielo católico...

De ese cielo de rentas, de holganzas, de músicas y cantos, de honores y li sonjas, de *pobres ricos* que viven del arte de expotar á los ricos con el pretexto de los pobres...

Niña... ¿Quieres saber tu destino?

La postrimería social; asilo, manicomio, cárcel y burdel. Son los cínicos *diablos* que acogen á los expulsados del cielo católico.

«Elige, niña, elige!...

Busca las *Madres del Amparo*, las madres del *Refugio*. las madres de la *Esperanza*, las del *Buen Consejo*... las madres y hermanas de los pobres...

Por Amparo te dan la despedida; por R. fugio la sombría noche; por Esperanza el repudio: por Consejo el *Dios te ampare*. Los pobres no tienen hermanas ni madres; no tienen mas que Miseria.

«Si fueses princesa, ó capitulista!...

«Entonces tendrías parientes! El Pontífice te llamaría hija; el Obispo se llamaría tu padre; todo fraile sería hermano tuyo... padre tuyo...

Todos para despojarte; ninguno para vestirme. Todos para exvilecerte, ninguno para redimirte.

¿Tu destino?... ¡¡...!!

Milagro patente

Un tal Alejandro Garatea, vecino de Sagartuda, estaba desde hace cinco años enfermo sin poder tajar, y desde hace tres meses tenía que trasladarse de un punto á otro arrastrándose por los suelos; todo por no haber caído en la cuenta de que en aquella población hay una Virgen de los Remedios muy milagrosa.

Afortunadamente el día 27 de Mayo se hizo llevar en una silla a la iglesia, rezó una oración, y no bien la había acabado, cuando se levantó con más ganas de correr que una liebre perseguida, y dispuesto á batir el record de la velocidad con el campeón más renombrado.

Con tal motivo se celebró una gran fiesta, que cobró religiosamente el cura de la parroquia.

Prohibo terminantemente á mis lectores que hagan maliciosas suposiciones sobre si pudieron los clericales haberlo estado manteniendo todo ese tiempo para preparar el milagro. Metiéndose en investigaciones de esa clase, no habría milagro posible.

Aceptemos éste como nos lo presentan, y cuidémonos de paso de hacer buenas digestiones, para poder vivir años y años propagando el milagro de la virgen de Sagartuda.

LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

CIENCIA

Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

IMPRENTA DOMINGO BLANCO—LIBERTAD 31